

ESCLAVO DEL IMPERIO

a. thorkent

CIENCIA FICCION

Ambientada en Ergol, un mundo fronterizo sometido a la autoridad, siquiera nominal, del emperador en el cual florece una economía esclavista. Hasta allí se ha dirigido el capitán Lagnon, un próspero mercader terrestre, con objeto de transportar alimentos a la Tierra, acompañado por Lorena, su joven hija, la cual tiene ocasión de contemplar en el mercado local la persecución y captura de un esclavo fugitivo el cual, condenado a muerte, está a punto de ser ejecutado allí mismo por los propios soldados que lo custodiaban. Sólo la oportuna intervención de un importante personaje lo impide, gracias a que éste exhibe los documentos que prueban que había adquirido poco antes al fugitivo.



A. Thorkent

Esclavo del Imperio

Bolsilibros: El Orden Estelar - 6

Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 298

ePub r1.0

xico_weno 06.09.15

Título original: *Esclavo del Imperio*
A. Thorkent, 1976

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Lorena entregó al capitán Lagnon la documentación, diciendo, en medio de una sonrisa:

—Todo está dispuesto para la partida.

El capitán echó una mirada superficial a los papeles, de forma rutinaria. Sabía que podía confiar en la competencia de Lorena. Se colocó la carpeta bajo el brazo y dijo:

—Partiremos dentro de un par de horas, tan pronto como reciba el permiso del comandante del astropuerto. Me prometió que estamparía su firma en seguida.

—¿Dónde está ahora?

Lagnon hizo un guiño.

—Revisando el embarque.

La muchacha rió.

—Querrás decir contando las monedas. ¿Cuánto has tenido que pagarle?

—Lo suficiente para ahorrarnos un buen montón de dinero en la aduana imperial. Allí no dudarán de los certificados que el comandante extienda.

—Este planeta está plagado de bribones y sinvergüenzas.

El capitán se encogió de hombros.

—Forma parte de su sistema económico. No olvides que es puerto franco… en cierta manera. ¿Subirás en seguida a la nave?

—No. Iré a echar un vistazo al mercado. Tengo intención de comprar algún recuerdo para mamá.

—Por suerte, siempre te acuerdas de ella.

—Ya que no lo haces tú…

El capitán sacó de su bolsillo unas monedas y las puso en las manos de Lorena.

—Toma. ¿Es suficiente? Procura regatear, no pagues nunca el primer preció. Empezarán pidiéndote el triple de su verdadero

valor.

—Ya conozco bastante a estas gentes.

—Ten cuidado —el gesto del capitán se hizo seco—. ¿Y tu pistola?

Lorena sonrió, y sacó de un armario una de pequeño calibre, que se sujetó al cinturón. De la funda pendía el emblema que le permitía circular con ella, y así demostrar que era extranjera y libre.

La muchacha se despidió de su padre, besándole en la mejilla, y salió del camarote. Por el pasillo, se cruzó con el comandante de servicio del astropuerto. Era un tipo obeso, grasiento, que la saludó respetuosamente, pero Lorena adivinó en su mirada algo turbio, equívoco. Al alejarse del individuo, hizo un gesto de asco, y bajó por las escalerillas hasta el nivel más bajo de la nave, en donde se introdujo en el ascensor para alcanzar la superficie.

Cruzó ante los gruesos tubos que insuflaban combustible al carguero. Los capataces hostigaban a los esclavos para que aligeraran en el trabajo. Algunos tripulantes del Oriente vigilaban los últimos servicios de avituallamiento, impacientes por terminar y alejarse de allí. Lorena respondió a sus saludos, y se alejó del muelle, por la cinta transportadora.

Se volvió para mirar la gigantesca mole del carguero, propiedad de su padre. Solían visitar dos veces al año aquel planeta, llamado Ergol y perteneciente al virreinato de Dail, uno de los más corrompidos del Imperio. Ergol era un mundo agrícola, con una producción enorme y muy barata, debida al sistema de esclavitud que disponía. Se decía que los esclavos duplicaban en número a los habitantes libres, al menos estadísticamente, pero afirmábase que la realidad era muy otra, ya que existían casi cuatro esclavos por cada hombre libre. La diferencia entre los datos oficiales y reales se debía a que los terratenientes importaban esclavos que no declaraban para evadir impuestos al virrey de Dial. Generalmente, los traían de planetas distantes de Dial, encargándose de tal menester naves esclavistas que, la mayoría de las veces, eran unidades de la Armada Imperial.

Lorena había estado en Ergol tres veces anteriormente, y cada vez le gustaba menos. La esclavitud se prodigaba en muchos mundos del Imperio, pero en ningún otro planeta existían tantos esclavos como en Ergol.

Terminó su viaje en la cinta, y descendió, en medio de la gran plaza del mercado, hirviente en bullicio. Allí, alguien con dinero podía comprar lo que desease, desde una nave estelar hasta un objeto decorativo trabajado en plata y oro, pasando por un esclavo, varón o hembra, según lo prefiriese, para hacerle trabajar hasta reventar o servirle de distracción.

Lorena sabía que su madre, la cual se encargaba de los negocios de la compañía familiar en la Tierra, sentía una marcada predilección por las joyas elaboradas a mano. En Ergol se disfrutaba de una bien ganada fama en ellas, ya que sus orfebres utilizaban una depurada técnica, prácticamente olvidada.

Cuando llegó a la sección del mercado donde se levantaban los tenderetes de los artesanos, Lorena se dirigió a donde estaban los joyeros.

La multitud era abigarrada. Había seres de muchos mundos, humanos, humanoides y monstruos, de cuyo aspecto, ante estos últimos, alguien no acostumbrado a su presencia tenía que volver la mirada. Pero Lorena había visto cientos de clases de vida, y sabía que, bajo un aspecto repugnante, podía haber una inteligencia superior a la suya.

Los esclavos, con sus collares de acero, trabajaban o seguían a sus amos, cuidando que éstos no fueran robados por los ladrones sindicados de la ciudad. Era curioso que el noventa por ciento de los esclavos de Ergol fueran humanos. Tal vez se debiese a que la población libre del planeta así era. Los no humanos eran en su mayoría visitantes, mercaderes o residentes en la ciudad, que cuidaban de las sucursales de importación.

Ergol alimentaba, con sus productos agrícolas y ganaderos, varias docenas de planetas del Imperio y, sobre todo, a la Tierra, y la Sede Imperial. Por el contrario, tenía que importar toda clase de género manufacturado de alta tecnología. Pese a todo, Ergol obtenía dinero suficiente para comprar lo que precisase. Sólo la élite tenía necesidad de lujos, mientras que la gran población esclava tenía suficiente con alimentarse de lo que producía el planeta.

Los beneficios eran altos, a pesar de lo barato de los productos de exportación.

El capitán Lagnon, padre de Lorena, comerciaba con muchos mundos, pero periódicamente visitaba Ergol para llenar su nave de

alimentos. Desde aquel planeta hasta la Tierra tenía que llenar de dinero las manos de muchos vistas de aduanas, si quería no perder demasiado tiempo en el papeleo. Pero al final aún le quedaría una buena suma de dinero, que podía emplear en sus inversiones preferidas. El capitán Lagnon poseía una línea regular de pasajeros desde la Tierra hasta la Sede Imperial, que era su orgullo, la cual aún no le era muy rentable, pero siempre decía que algún día le proporcionaría mucho dinero.

Además, viajar hasta Ergol tenía sus riesgos. El viaje era muy largo y costoso, estando forzado a cruzar rutas inseguras, a causa de los corsarios y piratas. Lagnon deseaba poder ganarse su sustento al amparo de las aún seguras fronteras cercanas a la Sede Imperial.

Lorena se detuvo en un tenderete, y encontró un brazalete que hacía juego con un collar de plata y oro, con adornos de brillantes sintéticos. Los brillantes no valían mucho, pero eran preciosos. Después de un largo regateo, el orfebre le rebajó un diez por ciento, y juraba mil veces que perdía dinero. Lorena se rió y le pagó. Sabía que era una buena compra. En la Tierra aquel juego valía cinco veces más. Se alejaba, abriéndose camino y se detuvo cuando una comitiva que pasó cerca de ella atrajo su atención.

Tres soldados armados tiraban, de un joven esclavo, por medio de una cuerda que habían pasado por el collar de acero. El esclavo tenía los brazos atados al cuerpo, y sus manos libres estaban crispadas por la rabia. En su casi desnudo cuerpo existían evidentes señales de golpes, y un poco de sangre reseca cubría parte de su frente.

La multitud se alejaba del camino de la comitiva, huyendo de los rifles con largas bayonetas que los soldados usaban para abrirse paso.

Lorena miró fijamente al esclavo y, por un instante, creyó que éste le devolvía la mirada. Era rubio y alto, apuesto. De su persona emanaba un marcado orgullo, que la muchacha nunca había descubierto en un esclavo.

Un altivo comerciante, parado al lado de Lorena, comentó en voz alta:

—Es el esclavo de Omortun. Hace dos días que su amo denunció su huida. Creo que el desgraciado quería largarse incluso de Ergol, en una nave extranjera. Ahora servirá de pasto a los perros de

Omortun.

Lorena sintió repugnancia por aquel hombre, y asco del planeta. Iba a dar media vuelta y alejarse de allí, cuando el esclavo rubio actuó.

De un tirón, el joven se deshizo de sus ligaduras y agarró la cuerda sujeta a su collar. Los soldados no esperaban aquello, y cayeron al suelo, soltando la anilla que tenían entre sus manos. La anilla era grande, y el esclavo la usó como maza para golpear a sus captores, mientras chillaba como una fiera condenada a muerte, a la que le dan una postrera oportunidad de defender su vida.

La multitud gritó y formó un amplio círculo, en el centro del cual el esclavo golpeaba con la pesada anilla de hierro a los soldados. Los golpes sobre la armadura sonaban metálicos y secos en medio del tumulto.

Un soldado se lanzó contra el joven, usando su arma como lanza, y un certero movimiento de la cuerda le arrojó al suelo, pero el hombre cogió en su caída la anilla, atrapándola con su cuerpo. Entonces, los otros dos soldados pudieron arrojarse contra el esclavo, quien recibió un golpe en la cabeza con la culata de un rifle. Al esclavo se le doblaron las rodillas. Un nuevo golpe en la espalda lo terminó de derribar sobre el polvo.

El militar que comandaba el grupo, un sargento barbudo y furioso, alzó su rifle y dirigió la bayoneta larga y afilada que lo coronaba hacia el esclavo.

—Maldito bastardo, maldito. Te voy a ensartar un millón de veces. Te llevaré ante tu amo de forma que no podrá reconocerte.

Lorena se llevó instintivamente la mano hacia la pistola. Sabía que iba a meterse en un buen lío, pero no estaba dispuesta a presenciar aquel asesinato, sin hacer nada.

Ya había amartillado la culata del arma, cuando una voz tonante la hizo detenerse.

—Quieto, soldado. —Quien habló era un hombre alto y delgado, vestido con una toga escarlata, cuajada de ricos adornos de oro.

El sargento se revolvió con el rifle alzado, furioso contra quien había tenido el atrevimiento de intervenir. Cuando descubrió al personaje, su rostro palideció e hizo un esfuerzo para tragarse su ira.

—Este esclavo debe morir. Ya estaba condenado por su amo, el

honorable Omortun. ¿Qué más da que yo lo ejecute ahora?

El hombre vestido de escarlata sonrió levemente, y sacó de su túnica un papel, que puso ante los ojos del sargento. Aunque habló muy suave, Lorena pudo escuchar:

—El esclavo ya no pertenece a Omortun. Su antiguo amo me lo acaba de vender. Aquí está el contrato de venta, con el visto bueno del interventor virreinal.

El sargento estudió ceñudo el documento. Había visto muchos como ése, y aunque no conocía la firma de Omortun, sí se sabía de memoria el sello del interventor.

—¿Compró un esclavo cuando estaba fugado? Usted no podía saber si podíamos volver a capturarlo…

—Eso es asunto mío —replicó el hombre, guardándose el papel.

—Bien, usted dirá qué hacemos con ese perro —gruño el sargento—. Pero le advierto que le haremos pagar los gastos de la captura.

—Conozco el procedimiento, sargento.

Lorena echó una última mirada al desdichado caído en el suelo, y se alejó de allí. Se le estaba haciendo tarde. Su padre debía estar impacientándose.

* * *

El capitán Lagnon estaba furioso. Cuando el comandante del puerto le dijo que aún no podía partir, estuvo a punto de propinarle un par de puñetazos, quitarle el dinero que le acababa de dar y ordenar que lo arrojaran por la esclusa de entrada, situada a unos treinta metros del suelo.

—Pero ¿no puede decirme cuánto tiempo tengo que permanecer en este cochino planeta todavía? —preguntó una vez más, después de aspirar hondo y hacer acopio de paciencia.

—Lo siento, pero no lo sé —repuso el comandante, aún bastante nervioso por haber soportado la indignación del terrestre. Había temido por el dinero recibido por unos servicios prometidos, y que al final no podía otorgar.

—No me lo explico. Tiene que haber alguna razón, ¿no? Los papeles para la partida están en regla y…

—Escuche, capitán —el comandante sonrió amistosamente—. Somos viejos amigos, y entre nosotros nunca han existido

problemas. Siempre los hemos solucionado a plena satisfacción para ambos, ¿no es así? Sólo puedo decirle que he recibido la orden de la secretaría del mismísimo virrey de Dail, ordenándome que retuviese en el puerto la primera nave con destino al Sistema Solar, a la Sede Imperial o a la misma Tierra. No sé nada más, se lo juro.

—Pero yo quiero saber hasta cuándo estaré esperando, y por qué eligió mi nave. —Lagnon entornó los ojos, y su tono hosco se tornó suave—. Si es que necesita dinero para acordarse de que hay otra nave que no sea la mía que pueda retener…

El obeso hombre se agitó, y movió la cabeza negativamente.

—Ya revisé todas las salidas, capitán. Su nave es la única dispuesta para salir hacia la Tierra. La siguiente con ese destino no lo hará antes de una semana.

Lagnon iba a responder, cuando el zumbador del video le contuvo. Preguntó qué querían.

—Es para usted, comandante —dijo, volviéndose. Se levantó de la silla para dejar que aquel tipo se sentase delante de la pantalla.

Se quedó observando cómo el ergolita escuchaba atentamente una serie de instrucciones en el condenado idioma nativo, y que él no entendía nada en absoluto. Los ergolitas hablaban en su lengua sólo cuando no querían que un extranjero les comprendiese. Era un hombre que vestía uniforme del ejército local. Por las insignias, Lagnon creía que se trataba de un general.

El comandante del campo sudaba más que nunca cuando cerró el contacto. Al parecer, había sufrido mucho al enfrentarse con su superior, pero su aspecto era más alegre que antes.

—Hemos tenido suerte, capitán. Podrá partir dentro de una hora. Como verá, el retraso ha sido insignificante.

Lagnon arrugó el ceño.

—¿Está seguro de que ya puedo partir? No comprendo nada.

—Bueno, queda aún un pequeño detalle…

El terrestre se puso en guardia.

—Sabemos que su nave es un Carguero, y no admite pasajeros, pero siempre llevan camarotes suplementarios y…

—¿Qué quiere decir? —Le interrumpió Lagnon—. ¿Acaso me obligan a admitir a un pasajero?

—A dos pasajeros, capitán.

—¡Me niego!

—No lo haga más penoso para mí. Sin esa pequeña condición, no puedo darle el permiso de salida, y, si me apura, tendré que poner la nave en cuarentena. Son órdenes de la superioridad.

Lagnon cerró los ojos para no ver el rostro compungido del ergolita… o para no aplastarle su rojiza faz.

—Se le pagarán los pasajes —escuchó decir al comandante.

* * *

Lorena entró en el despacho de su padre, de forma violenta. Había tardado más de lo previsto en regresar a la nave. Como ella usó la cinta transportadora, el vehículo ya estaba al pie del carguero cuando los tripulantes le dijeron lo que sucedía, con toda clase de detalles.

—Papá, no debemos consentir que nuestra nave se convierta en un medio para transportar esclavos…

Lagnon estaba sentado detrás de su mesa, e hizo un gesto a su hija para que se callase. Entonces, Lorena vio que su padre no estaba solo. Sentado frente él, estaba el hombre vestido de escarlata que interviniera en el mercado a favor del esclavo rubio, salvándole la vida y reclamando ser su nuevo dueño.

En un rincón, sentado y sin los grilletes, se hallaba el esclavo, lleno de cardenales y sucio. Sonrió, mostrando sus dientes blancos, al entrar Lorena. Incluso intentó galantemente ponerse de pie, pero debía estar muy agotado porque no lo consiguió.

En cambio, el hombre alto y delgado se incorporó, e hizo una leve inclinación ante Lorena.

—Me llamo Volkar, y será un placer viajar en tan grata compañía, señorita. Presumo que usted es la hermosa hija del capitán Lagnon.

Lorena se sintió turbada, pero reaccionó en seguida, y se encaró con el capitán.

—Nadie puede obligarte a llevar un esclavo a bordo, papá. Es indignante. Las leyes imperiales te amparan.

—Cálmate, hija, y escucha primero…

—No tengo nada que escuchar, Yo presencié, apenas hace una hora, en el mercado, cómo golpeaban a este infeliz, y casi lo matan si no…

Se detuvo Lorena, y miró al llamado Volkar, quien le volvió a

sonreír, añadiendo:

—Tiene razón, señorita. Lo hubieran matado, si no llego a intervenir yo. Por suerte, estaba detrás de él, y acudí en el momento justo.

—De todas formas, no podemos llevarles a la Tierra. Ni aunque lo ordene el mismísimo virrey de Dail. Sólo las naves esclavistas con licencia pueden importar de Ergol un esclavo.

—Es que nosotros viajaremos sin ningún esclavo a bordo —dijo Volkar, sin perder la sonrisa.

Lorena miró confusa primero a su padre y luego al esclavo, quien, desde la silla, rió sonoramente.

—Tengo el honor —dijo Volkar, señalando al joven rubio— de presentarle, señorita Lagnon, a Lan Dioh, hombre libre del Imperio.

La muchacha miró a Lan Dioh, quien ya no llevaba el collar de acero alrededor del cuello. Sólo tenía una delgada pulsera en la muñeca derecha, pero aquello parecía más un adorno que un distintivo de esclavo.

CAPÍTULO II

Lorena estaba llena de curiosidad por conocer todo lo referente a Lan Dioh, pero tuvo que armarse de paciencia por unos días. Primero, franquearon la última aduana del virreinato de Dail, en donde los trámites fueron increíblemente sencillos y rápidos. Luego se enterarían, ella y el capitán Lagnon, que una discreta intervención de Volkar fue decisiva.

Ya en pleno espacio, navegando a velocidad supralumínica, Volkar se decidió a contar algo respectó a Lan.

El joven esclavo, ya liberado, permanecía, desde la salida de Ergol, recluido en un camarote, por indicación del médico de a bordo, quien encontró a Lan muy débil. Le curó las heridas y golpes y puso en su lugar adecuado un par de costillas rotas, asegurando que después de unos días de descanso, y sobre todo gracias a su técnica, estaría mejor que nunca.

Volkar almorzaba todos los días en compañía del capitán y Lorena. En cambio, las cenas solía hacerlas en su camarote, a solas. En uno de estos almuerzos, dos días después de cruzar la definitiva frontera de Dail, Volkar empezó a hablar de Lan, a instancias de Lorena.

—Pienso que se trata de una historia demasiado romántica y clásica para nuestros tiempos —tomaba a pequeños sorbos un café denso y fuerte—. Pero ha tenido un final feliz, y eso es lo que cuenta. Aunque debería decir que el epílogo, parcial por supuesto, aún está por vivirse.

Lorena había llegado a la conclusión de que Volkar era un personaje importante, con muchas influencias en Dail. Todo el mundo parecía moverse ante sus órdenes, como si le perteneciera. Sólo sabía, por boca de Volkar, que disfrutaba de ciudadanía de la Sede Imperial, lo que ya era algo muy trascendental en aquellos tiempos en que aún todo lo referente al emperador producía un

respeto inusitado.

Los ademanes de Volkar eran distinguidos, mesurados, como si cada movimiento estuviera debidamente estudiado. Su lenguaje era refinado, producto de una alta cuna, ennoblecida por el transcurso de varios siglos de puro linaje. La muchacha estaba dispuesta a apostar que incluso debía poseer algún título, refrendado por el emperador actual o alguno de sus antecesores.

—Hace unos veinte años, mi primo Denfol fue cesado en su cargo de Visitador Imperial del sector Thule. No fue de ninguna manera una destitución, sino que el primer ministro lo reclamó para misiones más importantes. Denfol preparó el regreso a la Sede. Necesitó dos navíos para trasladar sus pertenencias. En el primero embarcó a su esposa y su pequeño hijo, que apenas contaba con cinco años. Él tenía que demorarse aún algunos días, ocupado en transferir sus poderes a su sucesor.

»La nave en que viajaba la familia de mi primo tuvo algunas averías, que aconsejaron a su comandante a salir del hiperespacio y navegar varios días hasta llegar a un pequeño planeta, en vías de colonización. Allí solicitó ayuda para reparar los defectos, aprovechando la detención para desembarcar unos tripulantes que enfermaron. El gobernador del planeta se ofreció a cederle algunos de sus hombres para sustituir las bajas, a lo que el comandante accedió.

»Según las investigaciones efectuadas años después, el gobernador ignoraba quiénes eran sus huéspedes. Creo que, de haberlo sabido, hubiera procedido de distinta forma. Sólo vio que a bordo de aquella nave había una verdadera fortuna en joyas, muebles y tapices. El muy bribón era cómplice de una nave pirata que operaba por los espacios cercanos, y los hombres que introdujo en la nave, ya reparada, eran cómplices suyos, con órdenes precisas de actuar.

»Como el incidente sólo representó cuatro días de retraso, y el comandante estaba seguro de poder recuperarlos, para no alarmar a Denfol tuvo el desdichado pensamiento de no comunicar nada y ordenó la partida, después de agradecer las atenciones recibidas.

»La nave se alejó de la jurisdicción del gobernador y entró en el hiperespacio, pero para volver a surgir al vacío normal apenas unos minutos después. El comandante pensó en una nueva avería, pero se

convenció de lo contrario cuando los motores se detuvieron totalmente, y descubrieron muy cerca de ellos la presencia de un enorme y viejo navío desconocido, pero armado de lanzadores, que dispararon y destruyeron en unos segundos los postes exteriores de comunicación.

»Como es fácil deducir, la maniobra fue efectuada por los tripulantes cedidos por el gobernador, que así facilitaban el asalto de los piratas. El comandante quiso organizar la defensa, pero él y los tripulantes fueron eliminados. La esposa de Denfol sufrió toda clase de vejaciones, durante las primeras semanas de cautiverio, muriendo después de forma que aún no he podido averiguar. El pequeño se salvó porque el capitán pirata decidió venderlo como esclavo.

—¿Quiere usted decir que se trata de Lan Dioh? —Lorena ya se lo estaba imaginando desde la mitad del relato, pero precisaba una confirmación por parte de Volkar.

—Así es. El pequeño Lan fue vendido a un mercader de esclavos, que operaba en Dail. Creo que el primer amo de Lan lo trató con cierta consideración. Era un viejo comerciante de la capital, e incluso le cobró afecto. Pero sus herederos, al morir el comerciante, se deshicieron de muchos esclavos, entre ellos Lan, quien fue a parar a Ergol, como propiedad de Omortun, hasta que le compré para liberarle.

El capitán Lagnon había encendido un cigarro después de terminar el café, y preguntó a Volkar:

—¿Cómo han tardado tantos años en localizarle?

Volkar entornó los ojos. Parecía costarle trabajo hablar de aquello.

—Cuando mi primo tuvo la, certeza de que la nave en donde viajaban su esposa e hijo había sufrido un accidente, creyó volverse loco. Durante años, realizó las más minuciosas investigaciones. Nunca pudo pensar que tuvieron que efectuar un aterrizaje forzoso en un planeta gobernado por un malhechor, un cómplice de piratas. El viaje desde Thule hasta la Sede Imperial requiere de un mes por el hiperespacio. Era como buscar una aguja en un pajar.

—Es sorprendente que usted lo haya encontrado, al cabo de tanto tiempo —dijo Lorena.

—Como los grandes hallazgos, fue debido a un hecho fortuito el

que nos enterásemos de que la nave permaneció unos días en aquel planeta en fase colonizadora. Llegó a mis manos una joya, que yo sabía que perteneció a la esposa de mi primo. Alguien la compró para mí. Se la mostré a Denfol, y él la reconoció. No podía haber otra igual. Las investigaciones nos llevaron a indagar en la vida del antiguo gobernador, que, después de aquel suceso, fue condenado por complicidad en piratería. Aunque fue ejecutado, pude hacerme con los datos del proceso. Como el maldito confesó todas sus culpas, reconoció haber percibido una buena suma de sus cómplices, por la captura de la nave de mi primo. En los detalles se especificaba la cantidad cobrada por la venta del niño.

»Después de asegurarme de que se trataba de Lan, me trasladé a Dail, y rogué primero a los mercaderes de esclavos que me facilitasen información. Luego usé la violencia y mis poderes para que me ayudasen. Lo hicieron cuando comprobaron que yo contaba con el apoyo del virrey.

»Esos mercaderes no suelen guardar registros de sus operaciones, generalmente, por lo que necesité de mucha paciencia para llegar a la conclusión de que Lan fue llevado a Ergol. Cuando al final supe que pertenecía a Omortun, y me presenté en su propiedad, me dijeron que el día antes el esclavo en cuestión se había fugado y la policía lo buscaba. Yo propuse a Omortun su compra, quien, sin llegar a comprender, accedió gustoso.

»Al día siguiente, mientras mis hombres le buscaban, además de la policía, tuve la suerte de llegar a tiempo para evitar su muerte a manos de aquel enfurecido sargento, Creo que esto es todo.

Volkar miró a Lorena, quien tenía el ceño fruncido. Había algo en la historia de aquel hombre que no le convencía del todo.

Volkar le sonrió amablemente.

—Leo en sus ojos, señorita, que aún no está satisfecha plenamente su curiosidad.

Lorena, pillada como niña en medio de una travesura, se sonrojó y dijo, disculpándose:

—Perdóneme. Es que…

—Pregunte sin miedo. Deseo demostrarles mi agradecimiento, por permitir que regrese en su compañía al hogar. El padre de Lan ya sabe el resultado de mi misión, y está aguardándole con impaciencia. Si está en mis manos, puedo darle toda clase de

satisfacciones.

—No está obligado a nada con nosotros, señor —rezongó Lagnon, un poco enfadado con su hija.

—Estoy seguro de que conozco las preguntas que bullen dentro de esa preciosa cabecita. La primera que se formula usted, señorita Lagnon, es por qué corrí el riesgo de que mataran a Lan, no advirtiendo a la policía, que le buscaba en aquellos momentos, que le quería vivo. ¿No es así?

Lorena sonrió.

—Ésa es mi pregunta segunda, lo confieso.

—Pensé que era la principal. ¿Cuál es para usted la más importante?

—Intuyo que el padre de Lan es muy poderoso en la Corte Imperial. Usted también parece disponer de muchas influencias, señor Volkar. Por lo tanto, ¿cómo es que han tenido que elegir un incómodo carguero para regresar a la Sede?

Por un breve instante, Volkar pareció acusar lo directo de la pregunta de Lorena. Los labios del hombre se convirtieron en una estrecha línea y el capitán Lagnon, intuyendo el embarazo de su pasajero, comenzó a sentirse molesto ante la insistente curiosidad de su hija.

—Existen poderosas razones para ocultar un tanto mis motivaciones, señorita… que son también las de mi primo, el Gran Duque Ich Denfol, guardián del Sello Privado de Su Alteza Imperial.

Lorena se mordió los labios. Conocía por las noticias del video, la personalidad todopoderosa del guardián del Sello Privado, de quien los rumores decían que era el verdadero director de la política galáctica actual. Cuando Volkar llamó Denfol a su primo, no pudo pensar que se trataba del Gran Duque Ich Denfol, quien, en pocos años, había escalado una envidiable posición en la Corte, pasando de simple consejero de tercera línea del Emperador a convertirse en su valido de más confianza. Las decisiones del Gran Duque tenían tanto valor como las del Emperador. Y a veces, se cuchicheaba por la Corte, era Ich Denfol quien le imponía sus decisiones.

Pensó en Lan Dioh. ¿Quién podía suponer aquella mañana en el mercado que el sucio esclavo que luchaba con los soldados y al final era apaleado por éstos era el hijo del Gran Duque, también llamado

popularmente como el Duque Rojo, por su predilección por las ropas rojas de vestir? Al recordar aquel detalle, se percató de que Volkar también solía ir vestido con túnicas rojas. ¿Acaso se trataba de un distintivo de la familia?

—Lo siento, señor —se disculpó Lorena—. Ignoro cuáles puedan ser, pero tengo que admitir que sus problemas no deben interesarme.

—No se sienta incómoda, señorita, pero es fácil que llegue a la conclusión lógica. Por el momento, no es conveniente que se sepa que ha vuelto el hijo perdido de Ich Denfol, y que ha sido esclavo durante veinte años. La… digamos especial Corte Imperial no admitiría de buen grado su presencia. El padre de Lan tiene muchos enemigos, que aprovecharían la ocasión para desprestigiarle ante el Emperador.

Lorena se movió en su silla. Sólo la mirada tensa de su padre le impedía formular nuevas preguntas, que pugnaban por salir de su garganta.

—Por el momento, Ich y yo hemos decidido mantener en secreto la vuelta de Lan. Decidiremos el momento oportuno para dar la noticia, cuando encontremos una forma de demostrar que nunca fue esclavo. La esclavitud es un estigma que en la Sede nunca puede ser borrado. Pero para convencer a todo el mundo de que Lan nunca tuvo amo, necesitamos tiempo para preparar una nueva historia.

—Comprendo —asintió Lorena—. Pero ¿por qué nos cuenta usted a nosotros todo esto?

—Es cierto, señor conde —apoyó el capitán—. No tenía ninguna obligación.

—¿Conde? —Sonrió Volkar—. Veo que, al fin, me ha identificado.

—Sí. He recordado que el Gran Duque tiene un secretario que es pariente. Usted debe ser el conde Volkar. Señor de Casiopea.

—Sólo es un título honorífico. Cuando el Emperador Dioroto IV se lo otorgó a mi bisabuelo, aún se ignoraba qué riquezas podría representar el nuevo condado, compuesto por ocho planetas y seis soles… totalmente inhabitables éstos primeros. Fue un legado estúpido, que sólo me sirve actualmente para el membrete de mis cartas y que los chambelanes griten un pomposo nombre cuando

irrumpo en los salones, llenos de hipócritas cortesanos.

Al decir las últimas palabras, el rostro de Volkar adquirió un vivido gesto de resentimiento. Padre e hija intercambiaron miradas significativas, y simularon no darse por enterados.

* * *

Lorena se encontraba en el pequeño observatorio. Al otro lado del cristal, las estrellas, convertidas en manchas multicolores, danzaban frenéticamente, sirviendo de alucinante decorado a la marcha supralumínica del carguero por el hiperespacio.

No todas las personas podían soportar aquel frenético acontecer de colores cambiantes. Lorena viajaba por el espacio desde que era una adolescente, y la primera vez que se asomó al observatorio, soportó sin marearse aquel espectáculo, sobre las rodillas de su padre, casi diez minutos. Luego de darle unas píldoras, el capitán le dijo, muy orgulloso, que muy pocas personas podían resistir, la primera vez, tantos minutos la dantesca visión.

A Lorena le gustaba pasar las horas de asueto en aquel lugar, al que nunca iba nadie. Algunas veces solía llevarse algún libro, cerraba la ventana y, a la luz que se filtraba por la rendija que dejaba sin correr, leía según la atávica costumbre de ir pasando las páginas de papel una a una, leyendo espaciadamente las líneas de escrituras.

Sobre su regazo tenía una vieja novela, editada por excéntricos lectores, treinta años antes. El ejemplar lo había comprado en Cuarta Pegaso. Le costó caro, pero era un volumen más, que incrementaría su nutrida biblioteca de libros, según la vieja usanza. También disponía de registros en cilindros, pero sólo eran textos de estudio. Siempre repudió las obras maestras introducidas en aquellos tubos de plata, deseando saborearlas lentamente, leyendo una y otra vez los párrafos más sensibles y emocionantes.

Escuchó la puerta situada a su espalda cerrarse, y el libro cayó al suelo. Se incorporó de la silla para recogerlo antes de averiguar quién la interrumpía, cuando unas manos alzaron el libro y se lo entregaron con una sonrisa dibujada en los labios.

—¿La he asustado, señorita Lagnon? —preguntó Lan Dioh.

—Oh, no. Es que nunca nadie entra aquí.

—¿Por eso se refugia en esta sala, para estar a solas?

Lan dirigió la mirada hacia la ventana y cerró los ojos.

Lorena se apresuró a cerrar la abertura.

—Ya puede abrir los ojos —dijo.

—Lo siento. Me he sentido mal, ante esa locura. Debo parecerle un pobre ignorante —se disculpó Lan tristemente.

—No se sienta mal. Se necesita cierto aprendizaje para soportar el espectáculo. Yo apenas soporté la primera vez unos, segundos —mintió para no humillarle Lorena.

—¿Una novela?, ¿o acaso estudiaba?

—Es un viejo relato. Fue escrito cien años después de que el hombre comenzara a viajar por los planetas, mucho antes de que pensara llegar a las estrellas.

—Debe ser un viejo libro. Sin embargo se ve muy nuevo.

—Se trata de una edición reciente. Aún quedan personas que gastan su dinero para imprimir limitadas ediciones. Son coleccionistas, que no desean que el viejo arte de leer se pierda. La mayoría se limita a dejar su mente en blanco, y que los cilindros le inyecten bárbaramente lo que desean saber.

—Yo no sé leer. ¿Se necesita mucho tiempo para aprender?

—Creo que ha querido decir que no sabe leer en lengua terrestre, pero al menos recordará hacerlo en alguna lengua determinada.

—No, no sé leer en absoluto —el gesto de Lan se ensombreció—. ¿Tan pronto ha olvidado que soy un exesclavo? Usted me vio con mi collar al cuello, en el mercado de Ergol. Además, tengo entendido que el conde Volkar ya les ha contado algo respecto a mí.

—Me asombra. No podía suponer que mi presencia pudiera llamar su atención en el mercado. Su situación no era, precisamente, para detenerse a mirar a la gente.

—Sin embargo, la miré. Y me pareció, entonces, tan bonita como ahora.

—No se porta como…

Lorena calló. Sabía que si concluía la frase terminaría ofendiendo a Lan. El joven vivía momentos difíciles. Aún necesitaba tiempo para acostumbrarse a su nueva existencia.

—No me ofende que me recuerde mi vieja condición, señorita Lorena. ¿No iba a decir que, a veces, me comporto con un poco de lo que el mundo civilizado llama educación?

—Sí. Y siento ser así. Soy maleducadamente sincera.

—Me agrada usted. Cuando aún creía que era un esclavo, me defendió. Entonces estaba demasiado agotado para darle las gracias.

—¿Cómo se halla ahora?

—Estoy mejor. Físicamente, me noto mejor que nunca. Siempre tuve una buena constitución física. Muchos antiguos compañeros míos no podían soportar la esclavitud, los trabajos, el castigo y toda la suciedad que nos rodeaba, y morían enfermos, desnutridos. El amo sólo se preocupaba de curarlos cuando sabía que aún podían rendirles en el trabajo.

—Debió ser terrible; pero usted no querrá hablar de ello.

Lan se encogió de hombros.

—Me es igual. Volkar dice que debo olvidarlo todo. Me ayuda con drogas y terapia psicológica a que mi pasado se borre cuanto antes de mi mente, pero será difícil que deje de recordar tantos años de horror.

—Supongo que estará deseando ver a su padre.

—Sólo siento curiosidad.

—¿Aún recuerda a su madre?

—En absoluto. Y Volkar asegura que ella murió cuando yo ya tenía cinco años. Me irrita pensar que la conocía, y no sé, ahora, cómo era su rostro.

—¿Cuáles son sus recuerdos más lejanos?

—Crecí esclavo, viví entre esclavos y siempre trabajé para mis amos. No tengo la menor idea de cuando era libre. Aquella etapa se ha esfumado de mi mente. Y lo siento.

—Lo comprendo…

—No, usted no puede comprenderlo. Volkar dice muchas cosas de mí. Parece querer construirme una nueva infancia, en la que nunca fui esclavo. Si al menos tuviese algún recuerdo mental de mis años infantiles, del asalto de los piratas y todo lo demás. ¿Cómo he podido olvidar todo aquello, aunque fuese demasiado joven?

—Debió sufrir un *shock*.

—Eso dice Volkar, como excusa. Pero yo preciso tener pruebas de que cuanto dice el conde, mi tío, es cierto. A mí no me basta esta evidencia.

—¿Evidencia?

Lan alzó su mano derecha, mostrando a Lorena la pulsera

metálica.

—Volkar dice que yo ya tenía esta pulsera, cuando me secuestraron.

Lorena la tomó entre sus manos y la estudió. Estaba totalmente ajustada a la muñeca del joven. Alzó la mirada, sorprendida.

—Es imposible que sea la misma que tenía entonces.

—Siempre la llevé —dijo lentamente—. Creció conmigo.

CAPÍTULO III

La imagen pareció cobrar vida dentro del cubo. Representaba a un hombre maduro, de aspecto altivo y elegante, alto y delgado. Tenía cierta semejanza con Volkar, pero sus cabellos eran más grises y largos. También el rictus de sus labios denotaba mayor firmeza… o crueldad. Aquélla fue la impresión de Lan, cuando observó la figura que se movía dentro del cubo.

Era su padre.

—He querido esperar cierto tiempo a mostrarte esta fotografía tridimensional —dijo Volkar, a su lado, estudiando las reacciones del joven cuidadosamente—. ¿Qué tal te parece el duque Denfol?

Lan se encogió de hombros.

—Parece… una persona importante. Estoy impaciente por verle al natural.

—Es lógico. Y aciertas al decir que es una persona importante. Incluso te quedas corto. Creo que, después del Emperador, es el hombre con mayor poder en la Sede.

Lan trató de sonreír.

—Es difícil acostumbrarse —dijo—. Hace unos días era un miserable esclavo, molido constantemente a palos, y ahora… Me será difícil habituarme. No sé ni cómo comportarme en la Corte.

—De eso quería hablarte, Lan.

El joven enarcó una ceja, expectante.

—Por el momento, mantendremos en secreto tu regreso al hogar. Nadie debe saber que el hijo del Gran Duque Denfol está vivo. Nos tomaremos algún tiempo para ponerte al corriente de los usos de la vida moderna, hablar un lenguaje adecuado a tu linaje, y conocer tus futuras obligaciones. Sólo un limitado número de personas sabrán tu identidad. Hasta entonces, seguirás llamándote Lan Dioh a secas, sin usar tu apellido Denfol.

Lan hizo una mueca.

—Comprendo. Mi padre no quiere presentar a sus amigos a un salvaje exesclavo.

—No digas tonterías. Es por tu propio bien. Vas a vivir en un ambiente maravilloso, lleno de lujos y placeres, asediado por las más bellas mujeres; pero también acechado por múltiples enemigos de tu padre, que a ti te considerarán en seguida como un enemigo más. Es por tu propio bien el que comiences una nueva vida con más experiencia.

—Tal vez tengas razón, tío —sonrió Lan.

Volkar tosió.

—Por el momento, dejarás de llamarme tío, muchacho. Hasta que lleguemos al lugar donde permanecerás por algún tiempo, estaremos rodeados de sirvientes y personas, que no saben nada respecto a ti. No debemos cometer equivocaciones.

—Un secreto de estado, ¿no? ¿Por qué, entonces, se lo contó todo al capitán Lagnon y a Lorena?

—Les investigué, y estoy seguro de que podemos fiarnos de ellos. Ya he hablado con el capitán Lagnon, quien gustosamente nos alojará en su casa, durante el tiempo que necesitemos para pulirte un poco. Nadie sospechará que en el hogar de un navegante estelar vive el hijo del Gran Duque.

A Lan aquella nueva no le desagradó. Aquello suponía que iba a seguir viendo a Lorena, durante algún tiempo más. Le había molestado pensar que estaban próximos a llegar al Sistema Solar y que unos días después dejaría de verla, tal vez para siempre.

—Además, he prometido una buena suma adicional al capitán para compensarle de los gastos que podamos causarle. Lagnon es propietario de una vivienda aislada, en una zona repoblada de la Tierra, en el continente europeo. Será ideal para nosotros. Además, dispone de un pequeño campo espacial privado.

Lan miró por última vez la imagen de su padre, y devolvió el cubo a Volkar, quien, la guardó dentro de su valija de viaje.

—No temas que tendrás que estar muchos años padeciendo un cansado aprendizaje, muchacho. Apenas necesitarás unas semanas para estar al nivel de cualquier joven cortesano de tu edad —añadió Volkar.

—No creo eso posible.

—Desconoces los modernos métodos de enseñanza. Te será fácil.

—Así lo espero.

Aquella noche, Lan soñó muchas cosas. Y ninguna de ellas le satisfizo. Se había encontrado en el centro de una enorme estancia, de techo altísimo, que se perdía entre las nubes que entraban por los ventanales abiertos. Veía gentes al fondo, pero difusamente, hombres y mujeres que se reían, hablaban de amor y bebían grandes cantidades de vino, a la vez que engullían exquisitos alimentos, sin cesar.

Lan avanzaba lentamente, sintiendo que miles de ojos se fijaban en cada movimiento que hacía. A cada instante, notaba mayor malestar. Se dirigía hacia el elevado trono de oro, que parecía hallarse a kilómetros de él. No podía distinguir la figura que, arrogantemente, se sentaba en él.

De súbito, empezó a correr, y en unos segundos se encontró a menos de dos metros del trono. Entonces alzó la mirada y quiso ver el rostro del Emperador. Cuando estaba a punto de lograrlo, unas manos poderosas le obligaron a arrodillarse, dando con la cara en el frío mármol.

Escuchó risas, estruendosas carcajadas de los miles de cortesanos. La cara de Lan se tornó roja, y empezó a sudar. Odiaba aquel lugar, aquellas gentes. Todo. La Corte Imperial, si es que aquello era, le producía asco.

Torció la mirada, y vio a la derecha del trono a su padre, que le miraba severamente. Parecía estar descontento de su actuación. Detrás, Volkar sonreía malévolamente, como si todo aquello le divirtiera mucho.

Entonces, Lan no pudo aguantar más y se levantó. Los que le habían obligado a arrodillarse quisieron detenerle, y él los golpeó furiosamente, pateándoles cuando cayeron. Antes de que pudieran detenerlo, echó a correr, dando media vuelta. Quería salir de aquel salón frío y carente de humanidad, a pesar de los miles de personas que lo llenaban. Un murmullo de asombro se elevó hasta la alta bóveda.

Lan seguía corriendo. De vez en cuando, miraba a los lados. Nadie se movía para detenerle. Todo el mundo debía estar demasiado asombrado, ante su insolente retirada. Pensó que, si le cogían, le castigarían por darle la espalda al Emperador, el día de su presentación oficial. Ahora recordaba que su padre le había dicho,

la noche antes, que lo esperaba todo de él, aquella mañana. Lan escupió. Le daba igual. Todo estaba armiñado. Sólo quería huir de allí.

Se acercaba a la gran salida cuando, horrorizado, vio que las pesadas puertas de bronce dorado empezaban a cerrarse. Intentó dar más velocidad a sus ya cansadas piernas, pero la salida estaba aún muy lejana. Cuando apenas se hallaba a unos metros de las puertas, éstas se cerraron, con seco ruido metálico. Lan se arrojó sobre ellas, y golpeó con sus puños. Se sentía vencido.

Jadeante, se volvió y, horrorizado, observó cómo las masas de cortesanos, hombres y mujeres, abandonando su inmovilismo, avanzaban hacia él. Su actitud era hostil. Sus rostros, delicados y sonrientes, maquillados, se estaban transformando en expresiones demoníacas. Desde el fondo de la estancia, el Emperador se alzó en su trono, y gritó unas maldiciones, que el eco de la sala repitió infinidad de veces.

Lan cerró los ojos. El Emperador le maldecía y le condenaba…

Los miles de cortesanos se acercaban más y más a él. Las delicadas manos que momentos antes habían estado ocupadas manejando cubiertos, eran ahora garras negras y afiladas, que se extendían para atraparle.

El joven gritó con todas sus fuerzas, queriendo hacerse oír por encima de aquel oleaje de soeces palabras…

Entonces despertó.

Se sentó sobre la cama y jadeó. Nunca había tenido una pesadilla como aquélla. Ni cuando era un esclavo en la peor de sus épocas, cuando tenía que trabajar duro todo el día, y apenas contaba con unas horas para el descanso.

Salió de su camarote, después de vestirse. Tal vez las pesadillas le dominaban, ahora más que antes. Apenas tenía ocasión de hacer ejercicios físicos, y se acostaba sin estar agotado, como le ocurría antes. Un esclavo no tenía tiempo ni para soñar.

Caminó por los desiertos pasillos de la nave. Ascendió al siguiente nivel, y se dirigió al puente de mando. Allí estaba Lorena, sentada junto a su padre, y rodeados los dos de varios navegantes, que se afanaban en trabajar con las máquinas que aún eran un enigma para Lan.

Lorena le vio entrar, y le dirigió una sonrisa amistosa.

—No esperaba encontrarte aquí —le dijo Lan.

—Estamos cruzando las fronteras de la Sede Imperial —le explicó ella, pasando a su padre unas carpetas.

Lan arrugó el ceño, sin comprender.

—Creí que nos dirigíamos a la Tierra —dijo.

—Y así es. Pero la vigilancia de la Sede cubre todo el espacio que circunda la Tierra. Es más fácil cruzar todos los mundos hostiles al Imperio que franquear esta zona.

—Ya nos identificamos, al pasar la órbita de Plutón —graznó el capitán Lagnon, encendiendo un cigarro—. Lo volvimos a hacer cuando estuvimos cerca de Saturno, y ahora tenemos que pasar la peor barrera. Sólo estamos a unos veinte millones de kilómetros de la Sede, por lo que comprenderás que nos interrogarán e inspeccionarán una docena de veces, antes de que nos acerquemos a la Tierra, cuando dejemos atrás las proximidades de la Sede.

—Sin embargo, no es normal que los aduaneros actúen en esta zona —dijo Lorena, frunciendo el ceño—. Sólo deberían hacerlo a partir de diez o doce horas de vuelo. Nunca nos ocurrió antes.

Lagnon se encogió de hombros.

—Serán nuevas normas, implantadas recientemente.

Un ayudante se volvió e hizo una señal al capitán, diciendo:

—Nos piden canal de comunicación, señor.

—¿Quién es?

—Se identifican como el aduanero

LM-37X

.

—Pásame la comunicación.

El capitán Lagnon tenía delante una pequeña pantalla, que se iluminó, apareciendo a continuación el busto de un aduanero ceñudo, y que parecía querer ver, por encima del hombro de Lagnon, la carga que llevaba el Oriente.

—Saludos, comandante —Lagnon intentó mostrarse amable, e incluso hizo el intento de una sonrisa—. Soy el capitán Lagnon, propietario de esta nave, el carguero Oriente. Procedemos de Ergol, y transportamos una carga de alimentos. Nos dirigimos a la Tierra, en donde tengo mi base operacional. Todo está en regla. —Tomó la carpeta que antes le diera Lorena, y empezó a sacar papeles de ella —. Le puedo ir colocando delante del visor los certificados de

importación, salubridad de la mercancía…

El aduanero alzó una mano para contenerle, diciendo:

—Deseo ver esos papeles personalmente, capitán Lagnon.

—¿Quiere decir que pretende realizar una inspección en mi nave? —inquirió Lagnon, casi saltando de su sillón.

—Exactamente. Proceda a decelerar y quedar al pairo, en quince minutos —asintió el aduanero.

Lagnon cerró los ojos, y empezó a contar hasta diez. Lo que pretendía el aduanero le iba a costar mucho dinero. Suponía quemar combustible para frenar, perder unas horas, y luego volver a poner en funcionamiento los aceleradores, con el consiguiente consumo extra de energía.

—Pero, señor… Todo está en regla. Ya he sufrido una inspección doble en el área de Plutón. Allí ya me conocen, y saben que cada seis meses traigo comida natural de Ergol. Todos mis papeles están sellados por los representantes del virrey de Dail y…

—Sé dónde está Ergol, capitán. Le repito que debe comenzar a ejecutar las maniobras para que mi nave pueda situarse al lado de la suya. Estamos perdiendo el tiempo. Hágalo ya.

Las palabras del aduanero eran secas, y Lagnon sintió sobre su hombro la mano de Lorena. En silencio le pedía que no perdiese la calma. Hacérsela perder al aduanero sólo podía significar una inspección más severa, y aumentar el tiempo que iban a perder.

—Se hará como pide, señor —dijo Lagnon—. Le prepararemos la entrada de babor. Permítame que le diga que, en veinte años, nunca me han obligado a detenerme al cruzar el espacio próximo a la Sede…

—Ya basta, capitán. Podré oír sus quejas frente a frente, dentro de unos minutos —le cortó el aduanero secamente.

La imagen se esfumó de la pantalla. El capitán soltó unas maldiciones, y aseguró que aquel tipo había sido traído al mundo prematuramente, a los cinco meses por una humanoide de Astragadom, y luego incubado en una fábrica de cerdos del propio Ergol.

—Y lo amamantó una puerca —concluyó, rojo de ira—. Seguramente, debo llevar a su madre de leche en una de esas latas de carne.

Lorena se sonrió, a pesar de todo. Ayudó a su padre a prepararlo

todo para detener la nave. Lan presintió que su presencia allí era una molestia. Se despidió de Lorena, con un ademán, y salió del puente.

Al alejarse por un pasillo, vio que Volkar salía de un ascensor y penetraba en el puente. Parecía haberse despertado a causa del aumento del ruido de los motores al iniciar el proceso de deceleración. Apenas se había alisado el pelo con las manos, y puesto un pantalón. Llevaba el torso desnudo, y los ojos aún soñolientos.

Lan se encogió de hombros, y se alejó de allí. No pudo escuchar la aparatosa entrada de Volkar en el puente, inquiriendo a voces por qué la nave se estaba deteniendo.

El capitán Lagnon se revolvió contra él, contento de poder desahogar su furia con alguien.

—Un cochino aduanero me lo ha ordenado —gritó—. ¿Por qué no he recordado que usted tiene mucha influencia? Debí enfrentarle a él, pero lo olvidé. Incluso olvidé que estaba a bordo. Espero que llevarle como pasajero no infrinja alguna ley. Usted cargará con toda la responsabilidad.

Volkar aspiró hondo y dijo:

—Se dieron órdenes estrictas a los aduaneros de molestar esta nave lo menos posible, capitán. ¿Acaso le detuvieron mucho tiempo en los anteriores controles?

Lagnon tragó saliva, y replicó:

—No… Es cierto. Todo fue demasiado sencillo.

Volkar aspiró hondo.

—Le aconsejo que desobedezca el mandato recibido por la supuesta nave aduanera, capitán.

—¿Es que supone que no es una verdadera nave aduanera?

—Sospecho lo que pueda ser; pero estoy seguro de que no es tal.

Un navegante se incorporó y dijo:

—Es imposible detener el proceso, señores. Para volver a ponernos en marcha, tenemos primero que dejar que nuestra nave complete su proceso de detención… Y para entonces, ya estaremos a merced de los anclajes del navío aduanero.

—¡No es un navío vigilante de las fronteras! —Estalló Volkar, golpeando una mesa—. Entonces, debe usted ponerse en contacto con la Comandancia de la Sede Imperial, y solicitar ayuda, decir

que estamos siendo detenidos, bajo engaño, por una nave que se dice ser oficial.

El capitán Lagnon se volvió hacia el encargado de las comunicaciones, y asintió con la cabeza. Habla escuchado a Volkar, y sabía lo que tenía que hacer. Sólo estaba esperando la confirmación de su superior.

—Confiemos que no se equivoque, conde Volkar. Y si está errado en sus suposiciones, también confío en que su poderoso hermano me saque del conflicto en que puedo meterme.

Volkar respondió con un gruñido. Pidió a un ayudante que fuese a su camarote por el resto de la ropa que allí había dejado, en su apresurada salida. Parecía sentirse incómodo, ante su media desnudez.

Apenas el hombre había regresado con la túnica escarlata cuando el encargado de las comunicaciones hizo girar su sillón y, mirando desalentado al capitán, explicó:

—Es imposible, señor. Ya está demasiado cerca la nave aduanera, y debe estar bloqueando nuestras llamadas.

—Lo suponía, lo temía —musitó Volkar—. Saben que yo estoy a bordo, y debieron pensar que su actitud podía resultar sospechosa para mí, tan pronto me enterase de sus intenciones.

—Pero ¿qué pretenden esos hombres? ¿Son piratas?

—No hay piratas en las cercanías de la Sede, capitán.

—¿Cómo los llamaría, entonces? No me gustan los enigmas. Y desde que dejamos Dail, estoy notando demasiados en mi nave.

Volkar palideció un poco. Sus ojos se habían empequeñecido hasta convertirse en pequeñas lucecitas que parecían brillar intensamente dentro de las cuencas. Silabeante, dijo:

—Distribuya armas entre sus hombres, dispóngalo todo para defenderse, capitán. Ellos no tendrán piedad de nadie. No dejarán a ninguno para contarlo.

Lagnon miró incrédulo y temeroso a Volkar. No supo qué replicar.

* * *

Lan estaba nervioso. Anduvo por los corredores, y descendió hasta el nivel del observatorio. Allí parecía tener más fija la imagen de Lorena. Era el lugar de la nave preferido de la muchacha.

Lentamente, se sentó en el sillón que ella usaba. Sus dedos acariciaron los botones de las persianas, sonrió y terminó oprimiéndolos. Ya era capaz de soportar la visión del espacio desfigurado, cuando la nave viajaba por el subespacio. Ahora navegaban a velocidad normal, desde antes de entrar en el Sistema Solar. De todas formas, le gustaba mucho más contemplar las estrellas fijas y brillantes.

Al correrse las persianas, no pudo evitar un ligero sobresalto. En seguida se dio cuenta de que la nave estaba detenida.

Recordó que el Oriente había sido obligado a decelerar, por orden del navío aduanero. Se preguntó cuánto tiempo iban a permanecer al pairo. Oprimió los mandos para hacer girar el observatorio. Si la otra nave estaba por aquel lado, debería verla.

Allí estaba. Era casi tan grande como el carguero, pintado su fuselaje de escarlata y negro, con unos grandes números dibujados cerca de la aguda proa. Podía ver perfectamente cómo terminaba de acercarse al Oriente, asiéndose a él por medio de unas abrazaderas.

Aguzó la vista y vio salir pequeñas figuras del aduanero, embutidas en los trajes espaciales.

Lan cerró las persianas. Sabía dónde estaba la esclusa por la cual los aduaneros debían entrar. No teñir, nada que hacer, y consideró que podía distraerse aquella aburrida noche, observando a los recién llegados.

* * *

—Lo que me pide es una completa locura —dijo Lagnon—; nunca lo haré. Para hacer tal cosa, deberá darme más explicaciones. No puedo creer que esos hombres, si no son verdaderos aduaneros, arriesguen tanto por un cargamento de alimentos, por mucho que para mí valga.

—Mi padre tiene razón, conde Volkar —intervino Lorena—. Oponerse con las armas a los representantes del Imperio, significa una rápida condena a muerte.

—Morirán todos, si no me hacen caso —replicó Volkar.

—¿Quiere decir que usted no morirá? —preguntó, irónico, Lagnon.

—Puede ocurrirme algo peor que la muerte, pero a mí, por el momento, nada me pasará. Ni tampoco a Lan Dioh.

—¿Por qué?

—Esos hombres saben que Lan viaja en esta nave. Vienen por él. Y no me pregunten nada más. Estamos perdiendo un tiempo lastimoso. Aún podemos hacer algo.

—No sé qué, amigo —mascullό Lagnon—. Ellos están armados, y no podemos impedir que entren a bordo. La esclusa es abierta desde el exterior. No podemos cerrarla.

—Distribuya las armas. Yo le diré lo que tienen que hacer. Ellos han calculado que estamos en el período de noche, y han pensado que yo debo estar durmiendo. Se llevarán una desagradable sorpresa.

Volkar terminó sus palabras con una sonrisa, y Lorena le miró, conteniendo sus deseos de formularle algunas preguntas.

CAPÍTULO IV

Ya había empezado a notar algo extraño.

Cuando Lan dobló el recodo, y se enfrentó a los hombres vestidos con los trajes espaciales blancos, llevando en una mano los cascos y en la otra largas armas, se detuvo al mismo tiempo que ellos.

Apenas se dio cuenta de que algunas armas se alzaron, apuntándole.

Lan sólo veía los rostros sorprendidos de los aduaneros. Reconoció al hombre que habló con el capitán por la pantalla. Tenía abierta la boca, como si no diese aún crédito a lo que estaba viendo.

—Esto no me gusta nada, jefe —dijo uno de los aduaneros—. ¿Dónde está el capitán? No hay comité de recepción.

El jefe aduanero se acercó a Lan, le tomó la mano derecha y aproximó a sus ojos la pulsera. Lan reaccionó instintivamente, y se libró de la mano enguantada.

—Es él. No puedo creerlo. ¿Por qué así de sencillo? Volkar debería tenerlo guardado en la cámara fuerte.

Los demás hombres se desperdigaron, atisbando por los pasillos. Uno se apostó cerca de un ascensor, vigilándolo de forma que parecía temer que de éste surgiese un peligro indefinido.

El jefe señaló a Lan, y dijo a sus hombres:

—Dadle un traje y conducidlo a la nave.

—La tripulación, jefe —le recordó alguien—. Nos ordenaron llevarnos a Volkar también.

—La tripulación va a tener suerte —masculló el jefe—. Y Volkar también. Esto me gusta cada vez menos —preguntó a Lan—: ¿Te ordenaron entregarte para salvar su pellejo?

—No entiendo nada. ¿Qué quieren ustedes?

Por toda respuesta, un traje espacial le fue arrojado a Lan, mientras quien lo hizo le decía:

—Póntelo. No nos hagas perder más tiempo.

Una nube oscura pasó por delante de los ojos de Lan. No comprendía nada, pero pensó que aquellos hombres eran sus enemigos. Querían sacarlo de allí por la fuerza, llevarlo a su nave y luego… Recordó sus tiempos da esclavo. No estaba dispuesto a volver a serlo.

Antes que permitir volver a tener un collar de hierro rodeándole el cuello, prefería morir.

Lan tomó el traje. Pesaba bastante. El casco estaba sujeto, y era de plástico y titanio, muy duro. Lanzó un grito, había tomado el traje por los pantalones, y el casco lo usó como maza para golpear a los hombres que tenía delante.

Los aduaneros no esperaban la súbita reacción de Lan. El jefe y dos hombres más, cayeron al suelo. Los demás corrieron hacia el joven. Aunque llevaban las armas, algo le hizo saber a Lan que no pensaban disparar contra él. Estaba seguro de que le querían vivo, aunque no le era posible conocer las motivaciones.

En aquel momento, ocurrió algo inesperado. Lan dejó de pesar setenta kilos, y flotó en el aire, en el preciso instante en que los hombres estaban próximos a él. También los aduaneros iniciaron el salto, y se quedaron flotando en el centro de la estancia.

Lan ya había probado los efectos de la caída libre, Lorena le había llevado en varias ocasiones al sollado donde ciertos alimentos precisaban ausencia de gravedad y él había aprendido a moverse en gravedad cero. La espalda de Lan tocó una pared o techo, encogió sus piernas y las proyectó con todas sus fuerzas contra el enemigo más próximo. El hombre salió impulsado y choco contra dos compañeros y los tres se estrellaron contra la mampara contraria. En seguida, Lan supo que alguno debió quedar inconsciente, y los otros restantes estarían fuera de combate por algún tiempo.

Pero la situación no era adecuada para sostener una lucha. Miró a los demás, y los vio girando sin sentido, mientras intentaban orientarse. Tal vez estaban buscándole. Lan se asió a los salientes que encontró, y trató de buscar una salida. Intuyó que el corredor que conducía al nivel siguiente estaba cerca. Al encontrarlo, se impulsó a través de él, y respiró tranquilo al doblar la esquina y perder de vista a los hombres de los trajes espaciales.

Pero no debía perder tiempo, sino aprovechar aquellos segundos

preciosos para poner la mayor distancia posible entre él y sus enemigos. Escuchó ruidos, imprecaciones de éstos a sus espaldas.

Lan sudaba, intentando buscar un punto para impulsarse. Se sentía un poco mareado, y temía cometer un error, volver a encontrarse con los aduaneros, si elegía mal el camino, No recordaba muy bien cuál era el pasillo que había dejado atrás.

Entonces se escucharon varios disparos secos, ululantes. Se volvió para mirar. Había temido que sus enemigos le hubieran encontrado, y estuvieran disparando contra él. Pero no veía a nadie.

Volvieron a sonar más disparos.

Lan, corroído por la curiosidad, guiándose por los estampidos, decidió regresar, y ver lo que estaba sucediendo.

—No seas loco, Lan —le gritó la familiar voz de Lorena.

Se volvió, sin dejar de sujetarse a la pared, y parpadeó, al ver a la muchacha de pie, boca abajo.

Ella se rió. Caminó hacia él.

—Intenta girar sobre ti mismo. Estás sobre el techo por si lo sabes.

Lan dejó a Lorena acercarse a él, y ayudarle. Entonces se fijó en que la muchacha tenía unas botas imantadas.

Resopló y comentó:

—Estaba hecho un lío tremendo —Lan se agarraba al brazo de Lorena para no volver a flotar.

—Creo que todo está dominado.

—¿Qué está pasando en el otro nivel? —preguntó el joven.

—Volkar nos aseguró que eran unos falsos aduaneros… Y no se equivocó, según parece. Cortamos, hace, unos instantes, la gravedad en toda la nave, para poder sorprenderles.

—Me querían a mí —jadeó Lan.

—Lo sé.

—¿Por qué?

Lorena se encogió de hombros.

—Me gustaría saberlo. Pero Volkar puede explicártelo.

—Tendrá que explicarme muchas cosas.

* * *

Cuando regresaron al nivel donde estaba la esclusa por la que penetraron los falsos aduaneros, la situación estaba bajo control de

los hombres del Oriente.

Volkar aún sostenía una enorme pistola de calor. Estaba arrodillado sobre los cadáveres de los hombres tumbados en el suelo. Eran cinco, y tres de ellos resultaban irreconocibles. Varios tripulantes del carguero estaban recogiendo las armas abandonadas. El capitán Lagnon daba instrucciones a su lugarteniente.

Al verlos entrar, Volkar sé volvió hacia ellos, mirando severamente a Lan.

—Estuviste a punto de estropearlo todo, muchacho. Nosotros estábamos preparados para disparar tan pronto la gravedad fuese anulada. Te felicito por tu arrojo, pero nos hiciste perder unos instantes preciosos, esperando que te alejases para abrir fuego. ¿Quién te mandó hacerte el héroe y luchar?

—¿Quiénes son? —preguntó Lan, señalando los muertos.

—¿Qué más da? Piensa que son enemigos de tu padre. Tuyos, por lo tanto, también. De no haber sido por tu causa, hubiéramos cazado a todos los que entraron en esta nave, e incluso, con un poco de suerte, a los que esperaban en la otra.

—¿Qué ha pasado con los demás? Creo que eran doce o trece.

—Escaparon por la esclusa —dijo Lagnon, acercándose—. Acaban de informarme, desde el puente de mando, que el falso navío aduanero se está alejando.

—Pueden atacarnos —dijo Lorena, alarmada.

Volkar escupió y replicó:

—No lo harán. Ya no pueden lograr lo que pretendían.

—¿Por qué está tan seguro de que no dispararán con los dardos o un proyectil? —preguntó Lagnon.

—Lo último que harían sería poner en peligro la vida de Lan.

Después de decir estas palabras, Volkar entregó su pistola a un tripulante y se alejó por el pasillo, sin dar tiempo a Lan de interrogarle, como hubiera deseado.

—Ese hombre me produce una extraña sensación —dijo Lorena —. A veces, me da miedo.

—Tarde o temprano, tendrá que hablarme claro. O tendrá que hacerlo mi padre —sentenció Lan.

* * *

El carguero no tuvo ningún nuevo incidente hasta su arribada a

la Tierra. Descendió en un pequeño campo, rodeado de espesos bosques. Las instalaciones eran las mínimas, pero eficaces. Al descender de la nave, Lan vio a lo lejos una casa de dos plantas relucir al sol del mediodía.

—Ése será tu futuro hogar… por algún tiempo, Lan —Lorena se había acercado al muchacho.

—Me gusta —Lan aspiró profundamente el aire—. Esto huele bien. Cuando alguien contaba algo de la Tierra, siempre decía que éste era un planeta viejo, casi inhabitable.

—Está siendo regenerado. De hecho, el proceso está terminando. Son pocos los millones de personas que viven en él. Hace siglos, quedó despoblado. Todo el mundo se marchó a vivir a la Sede, cuando terminaron de ensuciarlo por completo.

Se alejaron de la nave, del pequeño bullicio que se había formado a su alrededor. Caminaron despacio por un sendero de grava, que comenzaba al terminar la pista de hormigón. El capitán Lagnon les gritó:

—Decidle a mamá que iré a casa en seguida.

Lorena se volvió, y le agitó una mano, dándole a entender que le había escuchado.

—Durante muchos siglos, la Tierra fue la residencia de los emperadores. En varias ocasiones, se cortó la polución heredada de épocas más tenebrosas. La peor fue la que sucedió a la conquista del sistema solar. Cuando el Imperio se fue creando a medida que se colonizaban las estrellas, ya era imposible vivir aquí. Los emperadores levantaron ciudades en medio del océano, huyendo de las macrópolis. Se fomentó la emigración, en un intento de evitar la superpoblación. La Tierra ya ni producía nada. Todo lo importaba. Era imposible hacer crecer una patata o beber agua de un río. Sólo la técnica pudo conseguir que se siguiera viviendo aquí.

»Hace casi dos siglos se estableció un ambicioso plan de regeneración. Pese al despotismo de algunos emperadores, la nostalgia era excesiva, y la Tierra se consideraba como un símbolo de poder, al que todo el Imperio y sus enemigos respetaban.

»Todo comenzó cuando la Corte Imperial se trasladó a un enorme satélite artificial que se construyó cerca del Cinturón de Asteroides. Entonces se comenzó a obligar a la emigración a la masa no noble de la población. Los cortesanos y nobles se fueron

mudando a la Sede Imperial. Aquella esfera de acero fue creciendo, a medida que el incremento de población iba exigiendo. De apenas tres kilómetros de diámetro, alcanzó más de cien, que es lo que creo que tiene actualmente. Allí existen todas las comodidades para el Emperador y su numerosísima corte, para los almirantes, mariscales y sus ejércitos privados, etc. Las pocas personas que conozco que han estado allí, afirman que dispone de grandes lagos, bosques con plantas y árboles más exóticos y… muchas cosas más. Vivir en la corte es gozar de un constante placer en todos, los sentidos, según dicen los rumores.

Las últimas palabras de la muchacha fueron pronunciadas en un tono de pesar, que Lan notó fácilmente.

—Háblame de la Tierra actual. No se parece en nada a lo que me contaron. Yo la encuentro hermosa, limpia.

—El abuelo del actual Emperador empezó la labor que heredó de sus antepasados.
Dioroto XVIII
ordenó en firme el comienzo de los trabajos para devolver a este planeta agotado todo su antiguo esplendor. Hasta entonces, se había trabajado muy poco. Las continuas guerras defensivas o de expansión, habían impedido dedicar una mayor atención a esta obra gigantesca. Sólo unos miles de desheredados vivían entonces aquí, cuando un ejército pacífico de obreros, máquinas, ingenieros, técnicos y robots arribaron, por cientos de miles. Los océanos se limpiaron, se rejuveneció la tierra estéril, se plantaron bosques en los llanos y montes, y se recrearon los viejos ríos, según los antiguos planos. Dicen que ahora está todo según el
siglo XIX
. Incluso algunos historiadores dicen que mejor. Pero lo peor no tardará en suceder.

—¿Qué es ello?

—Los ingenieros del Emperador
Dioroto XX
están eligiendo el lugar más idóneo para construir la nueva Sede Imperial. Al parecer, están cansados de vivir en el espacio; por muchas comodidades que les depare esa bola de acero, la Corte ansía gozar de verdaderos prados, bosques, mares, etc. Dentro de algunas décadas, toda la belleza existente comenzará a desaparecer,

como hace siglos. Esto dejará de ser agradable.

—¿Por qué?

—Es sencillo. Las imponentes defensas que rodean la Sede Imperial serán trasladadas aquí para defender al Emperador y sus sicarios. Llegarán los soldados con su séquito de gentes sucias, prostituidas; centros de diversión. En pocos años, volverán a crecer las inmundas ciudades, a contaminar los ríos y viciar el aire, miles de naves comerciales y de guerra.

—No lo comprendo. Tu padre dispone de un campo de aterrizaje. ¿Cómo fue que pudierais vivir aquí?

Estaban llegando a la casa. Lan la consideró muy bonita. Distinguió en el pórtico a una mujer que les observaba acercarse.

Lorena dijo:

—Cuando se estaban terminando los trabajos de acondicionamiento, mi padre obtuvo una licencia para importar alimentos. Aún no se criaban en la Tierra, y era preciso dar de comer a los cientos de miles de trabajadores y agricultores. Se le permitió, al igual que muchos navegantes, vivir aquí y tener su propio campo, porque así la distribución era más rápida. Pero no consintió el Comité en crear grandes centros urbanos. Todo está calculado para evitar la contaminación. Aquí vivimos como en un paraíso, cuando terminamos nuestros viajes. Ahora no traemos alimentos porque aquí se produce lo suficiente para el autoabastecimiento e incluso enviar a la Sede Imperial. Pero siempre faltan algunas clases de comidas exóticas, que son apreciadas por los administradores de la Tierra y por la Corte. Así nos ganamos la vida. Y me pregunto si esto podrá durar mucho tiempo.

Habían llegado al pórtico, y Lan observó a la mujer que en él, les había estado esperando. Se trataba de la madre de Lorena. Era aún joven, y guardaba mucho de su hermosura juvenil. El parecido con la muchacha era asombroso. Vestía unos pantalones ajustados, y podía vanagloriarse de tener una figura tan esbelta como la de su hija.

Lorena hizo las presentaciones, y la mujer, sonriendo, dijo:

—Llámame Diane, hijo.

Les hizo pasar al vestíbulo. Allí, sentado sobre un sillón, estaba Volkar, quien había descendido antes que ellos de la nave, alegando

que quería inspeccionar en seguida las habitaciones que Lagnon le había asegurado que ya estaban dispuestas para él y Lan.

—¿Lo ha encontrado todo a su gusto, conde Volkar? —preguntó irónica Lorena.

Volkar no quiso darse por enterado del tono burlón de la muchacha y asintió, aunque se apresuró a añadir:

—De todas formas, creo que voy a necesitar un par de habitaciones más. No dudo que podrán disponerlo para antes de dos días. Son varias las personas que estoy esperando.

—Pues nosotros no vamos a mudarnos, señor —sonrió Diane—. Esos caballeros tendrán que encogerse un poco, o montar unas viviendas provisionales en el exterior. Sin estropear mis flores, por supuesto.

—Procuraremos arreglarnos, señora Lagnon —replicó muy serio Volkar—. Ahora desearía retirarme a descansar.

El conde parecía esperar que le condujesen a su habitación, pero Diane, ante la sonrisa divertida de su hija, replicó:

—Ya sabe que su habitación está arriba, señor. ¿No recuerda que es la tercera puerta del pasillo?

Volkar hizo una inclinación de cabeza, y dijo a Lan, antes de subir las escaleras:

—Nos veremos mañana, Lan. Comenzaremos cuanto antes.

Apenas había desaparecido escaleras arriba el conde cuando el capitán Lagnon entró, resoplando.

—Mañana terminaremos de descargar la mercancía. Tenemos tiempo. Hasta dentro de dos días, no llegarán los distribuidores —dijo—. ¿Y nuestro insigne huésped?

—Se ha retirado a descansar —le informó su esposa. Tenía las cejas fruncidas, y un enfado bien visible, que había aumentado ante la llegada del capitán—. Ahora me explicarás los motivos que te han impulsado a aceptar este trabajo. ¿Desde cuándo admitimos realquilados?

Lagnon se desplomó en el primer asiento que encontró y aceptó con una sonrisa de agradecimiento la bebida que le entregó su hija.

—A mí me gusta menos que a ti —afirmó—. No se trata del dinero que me han prometido, por tenerlos aquí. Volkar sabe que mis hombres nunca dirán a nadie que los alojo en mi casa. Se sabe seguro.

—¿Qué teme ese tipo?

—Ya te lo explicaré todo más tarde.

—Desde que recibí tu mensaje diciéndome que lo preparase todo para que una docena de personas vivieran aquí unas semanas, la cabeza no cesa de darme vueltas.

El capitán la tomó de la mano y la hizo sentar a su lado, besándola.

—Éste no es el recibimiento que merece un marido al que no se le ve desde hace semanas, cariño. ¿Puedes esperar a que estemos en la intimidad para contártelo?

Diane terminó riendo.

—Entonces, no confío en enterarme de nada hasta mañana por la mañana.

—Por favor, tenemos visita —censuró él, mirando a Lan.

Lorena se alzó de hombros y dijo:

—Voy a enseñar a Lan el resto de la casa.

Al quedarse solos, Diane dijo:

—No me gusta nada.

—¿El qué?

—La actitud de Lorena hacia ese muchacho.

—¿Te desagrada?

—No, todo lo contrario. Y por eso mismo me inquieta conocer ciertas respuestas. Es demasiado atractivo.

Y a Lorena parece gustarle.

—No me había dado cuenta.

—Nosotras, las mujeres, sí solemos darnos cuenta de esas cosas. ¿Qué pasó entre ellos en la nave?

Lagnon bebió un trago y pareció pensar.

—Nada, que yo sepa. No noté nada anormal.

—Tú estabas demasiado ocupado con tu trabajo, como siempre.

—No seas boba. Lorena es una chica juiciosa. Tiene los suficientes años para saber lo que hace. Además, tiene derecho a vivir su vida.

—No es una aventura lo que me preocupa, sino que se haya enamorado.

—Algún día tenía que suceder. E incluso marcharse de nuestro lado. No va a estar siempre viviendo con nosotros —Lagnon terminó con el contenido del vaso. Había puesto el gesto adusto

porque en su interior, le desagradaba pensar que algún día Lorena, su única hija, se marchase, aunque conociera lo inexorable de aquel hecho.

—Lan no es hombre para ella —aseguró la mujer.

—¿Porque fue esclavo?

—No es eso. Es hijo de Ich Denfol. Su padre nunca aceptaría a Lorena, ni como simple pasatiempo para su hijo. Y mucho menos, como esposa legal.

—No pienses en eso —gruñó el capitán.

—Debiste haberte negado a tenerle como huésped.

—No podía. Volkar me lo pidió como un favor, pero si yo me hubiese negado, los problemas que nos hubiera podido ocasionar, habrían sido enormes. Y ya sabes que se habla de anular un buen número de viviendas estables en la Tierra.

—Sí, es posible que tengas razón. Al Emperador parece haberle entrado mucha prisa por trasladar su Sede de nuevo a la Tierra. Pero para eso aún falta mucho tiempo. Años.

—De todas formas, no debemos descuidarnos. Contar con el agradecimiento de Ich Denfol será conveniente.

—No a costa de Lorena, capitán —dijo Diane, enfadada.

—Ella no parece encontrarse a disgusto con Lan. Yo nunca me atrevería a obligarla a mostrarse amable con él. Deja que las cosas sucedan tal como tienen que suceder.

—¿Olvidas que corremos también peligro?

—No, desde luego —asintió el capitán. Antes de llegar a la Tierra, sostuvo con su esposa una larga conversación desde el carguero. No había querido contarle todo lo referente al asalto de la falsa nave aduanera, pero ella, al final, le obligó a hablar.

—Si se atrevieron a asaltaros en pleno espacio, también pueden llegar hasta aquí. Ya saben que Volkar ha usado tu nave para traer a Lan Dioh. ¿Por qué los enemigos del Duque Rojo no pueden pensar que tú continúas siendo su anfitrión?

—Ése es mi temor, pero Volkar me ha asegurado que Ich Denfol ha sido puesto al corriente de todo, y éste decidirá. Es posible que Lan sea llevado a otro lugar antes de lo que pensamos.

—¿Por qué entonces todos estos preparativos? De un momento a otro llegarán los instructores…

—Volkar me insinuó que su primo puede estar preparando una

estratagema que desoriente a sus enemigos, haciéndoles creer que Lan está en otro lugar.

—La verdad es que todo esto no me gusta nada.

—A mí tampoco, demonios —masculló el capitán—. Pero no puedo hacer otra cosa.

—Sólo me gustaría saber una cosa.

—¿Qué es? Si está en mis manos…

—¿Tan importante es Lan Dioh? Aunque, el Duque Rojo lo reconozca como su hijo, y como tal lo presente ante el Emperador, eso no quiere decir que algún día Lan pueda heredar el cargo de su padre. Todo el mundo sabe que el duque tiene muchos enemigos, pero respecto a eso nada tienen que temer, a no ser que pretendan secuestrarle para conseguir algo de él, debido a su alto cargo.

—Yo también quisiera conocer las respuestas, querida.

Capítulo V

—Nunca pude pensar que estos meses me resultaran tan cortos, cariño. —Y Lan arrojó otra piedra al riachuelo, observando cómo el agua se agitaba.

Sentada a su lado, Lorena le beso. Estaba preocupada con Lan, desde hacía varios días. En realidad comenzó a notar un lento cambio en el muchacho, desde que llegaron los instructores y su educación se inició. Esto podía resultar normal, pero ya no podía ser considerado así que, desde hacía sólo unas jornadas, Lan sufriese un cambio brusco de carácter. Se había vuelto mucho más serio, hosco incluso. La alegría que había estado adquiriendo desde que llegaron a la Tierra se esfumó, junto con su sonrisa constante y desenfadada.

Las manos de Lorena se deslizaron hasta la muñeca de Lan y acariciaron el metal.

—Deberías quitarte esto. No es ninguna joya.

Lan alzó la mano hasta sus ojos.

—Se lo dije a Volkar, antes de que se marchara, hace unos días a la Sede Imperial y me respondió que ya llegaría el momento. ¿Sabes que he tenido deseos de entrar en el taller del astropuerto, y quitarme yo solo esta condenada pulsera?

Lorena no supo qué responder. Permaneció pensativa mirando cómo Lan volvía a sus mecánicos movimientos de arrojar piedrecitas al limpio riachuelo que se deslizaba al borde de sus pies.

—También me dijo Volkar que, a su regreso, me llevaría a la Sede, ante mi padre —dijo Lan—. Y luego me presentarían al Emperador. Ya no sé si deseo que tal cosa ocurra. Me temo que la Corte va a resultarme un lugar desagradable.

—Te han estado educando para que todo te parezca familiar.

—Tiene gracia eso. Antes, cuando era un ignorante, tenía que defenderme de mis enemigos intuitivamente.

Y no me iba mal. Ahora, a fuerza de hacerme aprender durmiendo y usando procedimientos científicos para inculcarme unas ciencias en sólo unas semanas, me siento más ignorante que antes. Estoy confuso, Lorena.

Ella le hizo girar la cabeza y sus ojos se encontraron.

—¿Realmente deseas ser quien ellos quieren que seas?

—No te entiendo…

—Sí me entiendes, Lan. Antes fuiste esclavo porque no podías evitarlo, pero me temo que ahora te convertirán en otra especie de esclavo, aunque te rodeen de sedas y placeres.

—Pareces leer en mi mente —rió Lan—. ¿Qué puedo hacer?

Lorena suspiró.

—Tanta enseñanza te está convirtiendo en un ser sin iniciativa propia. Haz lo que te plazca. Huye, si lo deseas.

—Ya lo pensé —replicó Lan, muy serio—. Pero sabes perfectamente que todo esto está muy vigilado. No me dejarían…

Calló, porque ambos jóvenes escucharon el suave deslizar de unos pies calzados con sandalias sobre la hierba. Se volvieron y vieron aparecer entre los matorrales una figura que vestía una amplia túnica parda. La capucha caía sobre su cara, que era imposible identificar a aquella distancia.

El desconocido avanzó hacia ellos y se levantaron.

—¿Quién es? —inquirió Lorena, empezando a agacharse para tomar su pequeña pistola, que había quedado sobre la hierba, junto a los restos de la merienda.

Entonces el desconocido sacó su mano derecha, entro los pliegues de la túnica. Estaba armado con una pistola.

Lan quiso defender a Lorena con su propio cuerpo, pero el hombre fue más rápido y disparó. La muchacha cayó sin exhalar el menor sonido. Al ver aquello, Lan gritó de rabia. Iba arrojarse suicidamente contra el hombre de la túnica, cuando éste le dijo:

—No está muerta, muchacho. No seas loco y serénate. Ella despertará dentro de unos minutos, cuando nos hayamos marchado.

Lan se arrodilló junto a Lorena y sólo se incorporó cuando estuvo seguro de que ella estaba adormecida, a causa de un disparo eléctrico, inofensivo en realidad.

Entonces el desconocido se echó hacia atrás la capucha y dejó que Lan viese su rostro. Era de mediana edad y semblante noble.

—¿Por qué lo hizo?

—En realidad, le he hecho un favor, Lan Dioh. Hubiera resultado peligroso para ella que escuchase lo que voy a decirte. Y te aconsejo, por el bien de la chica, que luego tú no le digas nada, si es que no accedes a marcharte conmigo.

—Dígame quién es usted y por qué supone que nos iremos juntos.

—Mi nombre es Aljel, conde Aljel, presidente del Consejo Imperial de Su Alteza
Dioroto XX
—sonrió—. Aunque debo aclarar que actualmente tal cargo es simplemente honorífico, ya que, como todo el mundo sabe, el único consejero que el Emperador admite es a Ich Denfol, el Duque Rojo, tu padre, Lan.

Los músculos de Lan se tensaron. Aquel hombre era un enemigo de su padre. Sabía quién era el conde Aljel porque sus instructores tuvieron buen cuidado en mostrarle una extensa lista de los personajes de la Corte que no eran de fiar. Sin embargo, el aspecto de Aljel no respondía a la semblanza que imaginariamente se había hecho de los contrincantes del Duque Rojo.

—Me cuesta creer que ha conseguido burlar la vigilancia establecida por Volkar para llegar hasta aquí —dijo Lan.

—Estoy de acuerdo contigo en que no ha sido sencillo, amigo.

—No me llame su amigo.

—Lo serás, no lo dudes. —El conde Aljel guardó su arma y sonrió, mostrándose amistoso, aunque Lan pensó que la pistola aún debía estar apuntándole desde el interior de la túnica—. Así charlaremos mejor.

—¿Qué pretende de mí?

—Ojalá pueda explicártelo todo en el poco tiempo de que dispongo —suspiró Aljel—. Pero no puedo permanecer mucho tiempo por estos contornos. Te escapaste con la chica para estar a solas con ella unos instantes y tan pronto te echen de menos, te buscarán.

»Yo ordené a la nave aduanera
LM-37X
que asaltase el carguero del capitán Lagnon, pero tú mismo lo impediste, y creo que también ese maldito Volkar, que duerme con

un solo ojo cerrado. Pero eso ya no tiene remedio. Si entonces nos hubiésemos apoderado de ti, todo habría sido más sencillo, y los planes del Duque Rojo se hubieran venido abajo, antes de comenzar.

—¿Cuáles son esos planes?

—De momento, hazte a la idea de que todo lo que te ha contado Volkar es una mentira gigantesca. Tu padre no es el Duque Rojo.

Lan miró torvamente a aquel hombre, fijamente a los ojos. Aljel soportó la mirada, imperturbable, sonriente.

—Claro, ya sé que necesito pruebas, pero te las ofreceré más adelante. Lo único cierto es que Volkar estaba detrás tuyo desde hace años, por encargo del Duque Rojo. Te traían a la Tierra cuando tu nave, es verdad, sufrió un accidente y tú fuiste vendido como esclavo. Pero, repito, no eres hijo de Ich Denfol. El duque te halló y supo que en ti tendría la clave para apoderarse de todo el Imperio. Un plan semejante requiere muchos años de planificación. Y, además, merece la pena. La recompensa es sustanciosa, ¿no crees?

—No entiendo nada.

—Desde que fuiste encontrado por Ich Denfol en Thule, has llevado esa pulsera de metal, que incluso creció contigo, ajustándose a tu muñeca como una segunda piel. ¿Me equivoco? Por el momento, es la única prueba de que dispongo para convencerte de que digo la verdad. Tú, muchacho, perteneces a un planeta maldito por el Imperio y por todos los emperadores anteriores a
Dioroto XX
. ¿Nunca has oído hablar de Khrisdal?

—No —dijo Lan, no muy convencido. Sin embargo, aquel nombre no le resultaba del todo desconocido.

—En realidad, nadie sabe dónde está, pero a veces sus habitantes son capturados, y por eso los emperadores saben que desde allí puede partir la fuerza que les derroque, que haga desaparecer para siempre el corrupto Imperio. Pero lo que ignoran todos los poderosos es que los habitantes de Khrisdal sólo quieren vivir en paz, sin tener el menor contacto con el resto del Universo. Como decía, a veces esos seres tienen que salir de su madriguera en busca de productos de los que carecen y que sus potentes mentes no los pueden conseguir. Y son capturados algunos. Tus padres

murieron Lan, bajo el fuego de los soldados de Ich Denfol, quien te hizo su prisionero cuando apenas tenías unos años de edad. Entonces concibió el plan para convertirse él en Emperador. Te puso esa pulsera que anula tus poderes paranormales y te envió a la Tierra, bajo la tutela de su esposa. Luego, lo ocurrido concuerda bastante con la historia que te habrá contado Volkar.

»Pero el destino que te reservan ante la Corte Imperial es muy distinto al que te han prometido.

—Supongamos que le creo, conde Aljel. ¿Qué puedo hacer yo?

El hombre avanzó unos pasos hasta acercarse a Lan.;

—Me parece que yo soy el único ser viviente en el Imperio que puede considerarse amigo de los habitantes de Khrisdal. Tal vez algún día te cuente cómo ocurrió aquello. Es difícil que un náufrago pueda salir de ese planeta. Nadie lo hace. No los matan, pero no pueden admitir que su secreto sea sabido. Sin embargo, conmigo todo fue distinto, y yo sí pude salir. Y lo hice como amigo. Por eso conozco muchos secretos de Khrisdal. Ich Denfol sólo sabía algunos, y entre ellos, el que una pulsera labrada con un raro metal anula el poder mental de un ser de Khrisdal. Claro que no todos tienen el mismo grado de poder, pero desde que naciste, ya sabían que tu mente era algo singular.

Aljel tomó la mano derecha de Lan e introdujo una especie de llave en una minúscula ranura de la pulsera, la cual saltó, abriéndose como impulsada por un resorte interno. Lan lo observó todo, asombrado. Siempre había creído que aquel metal era resistente, pues en anteriores ocasiones, algunos de sus amos habían intentado quitárselo, teniendo que desistir, si no querían dejarle manco, Antes de que pudiera reaccionar, Aljel le coloco una pulsera similar, que sacó del interior de su túnica.

—No temas —se apresuró a decir, viendo la reacción violenta que se iba a desatar en el muchacho—. Esto es sólo una reproducción, que no mermará tus cualidades mentales. Y te la puedes quitar cuando quieras con sólo apretar las uniones. Así.

Después de aquella demostración, Lan se volvió a colocar él mismo la nueva pulsera.

—Dígame de una vez qué pretende.

—Ahora estás en condiciones de defenderte por ti mismo, sin necesidad de armas —sonrió Aljel—. Ellos pensarán que sigues

igual, pero dentro de ti corre ahora un poder enorme, mortal.

—No puedo creerle. Me siento igual que antes.

—Aún es pronto. Ich y Volkar sólo pensaban quitarte la pulsera cuando llegara el momento estipulado por ellos.

—Pero ¿qué pretenden de mí?

—Que mates al Emperador y al príncipe, ambos al mismo tiempo.

—¿Usted trabaja para el Emperador, deseando que se salve o sólo intenta recuperar su lugar de privilegio que el Duque Rojo le usurpó?

—Hay de todo un poco. El Emperador es viejo y debe morir por el bien del Imperio. Todos confiamos en su hijo, un joven inteligente que puede salvar del desastre a mil mundos. Pero Ich quiere que ambos mueran. Y nosotros sólo queremos que muera el Emperador y se salve el Príncipe. Es hora de que ocupe el mando.

Lan sonrió, irónico.

—En definitiva, todo el mundo desea que me convierta en asesino.

—Puedes obtener mucho a cambio, Lan, si me haces caso. Más adelante volverás a recibir instrucciones mías.

—Si le obedezco perderé el ser hijo de Ich Denfol. Aunque no sea mi padre, tendré un gran poder a su lado. Después de que él sea Emperador, no puede desmentirse y afirmar que no soy su hijo.

—Es un buen planteamiento, muchacho. Eres positivo. Sí, es cierto que perderás bastante, suponiendo que Denfol no se deshaga de ti después de utilizarte.

—¿Por qué iba a hacerlo? Si le sirvo una vez bien, puede pensar volver a utilizarme.

—No —negó Aljel con la cabeza—. Ich, una vez Emperador, no querrá rastros de sus intrigas. Le estorbarán los testigos. Si el Duque Rojo ha llegado a tal estadio de poder es porque nunca se ha fiado de nadie. Sólo confía en su primo.

—¿Por qué tengo yo que matar al Emperador y su hijo? Ich puede alquilar mercenarios, llenarlos de oro. Incluso tú y tus cómplices podéis hacerlo, como lograsteis que los falsos aduaneros intentaran secuestrarme —dijo Lan, tuteándole.

—Esos aduaneros no eran asesinos a sueldo, sino patriotas que luchan por una causa.

—No creo en las causas nobles y desinteresadas —repuso Lan.

—Veo que el haberte liberado de la pulsera comienza a surtir los efectos deseados —rió Aljel—. Te estás volviendo inteligente. Sí, todos buscamos algún beneficio personal. Pero estarás de acuerdo conmigo si te digo que yo sólo deseo recuperar mi antiguo privilegio y salvar al Imperio. El heredero está de acuerdo conmigo. El sabe que la presencia del Duque Rojo es perniciosa para el Emperador.

—¿Sabe el heredero que piensas liquidar a su padre?

—Por supuesto que no. Y si lo llega a averiguar algún día, comprenderá que no tuvimos más remedio que hacerlo.

—Cada vez me gusta menos ir a la Sede —escupió Lan—. Me parece que me repugnará tal lugar.

—Seguramente, muchacho. Ya empiezas a pensar como un verdadero miembro del planeta Khrisdal. Por eso debes matar al Emperador solamente. Sigue todas las instrucciones de Ich y Volkar, pero permite que viva el Príncipe. Luego, nosotros nos encargaremos del resto.

Y tú ganarás la oportunidad de regresar con los tuyos. E incluyo llevarte a esa chica que amas.

—Reducida recompensa.

—No mientas. Ésa es la que verdaderamente deseas. No otra.

—Tal vez tengas razón.

El conde volvió a cubrirse con la capucha.

—Estoy seguro de que harás lo que deseo.

—No he prometido nada.

—No importa. Lo sé. Conozco a los de tu raza. Ya no hay necesidad de llevarte conmigo.

—¿Lo hubieras hecho?

—En caso de no haber intuido que estabas dispuesto a colaborar, sí.

—Repito que no pienso hacer caso a nadie, ni a Volkar ni a ti.

—No importa. Adiós.

—¡No quiero convertirme en un asesino!

Pero el conde Aljel había desaparecido entre los árboles. Lan corrió tras él, pero ya no pudo verle. Regresó junto a Lorena, que en aquel mismo instante se estaba recuperando. Después de decirle lo ocurrido, haciendo caso omiso a las advertencias del Conde,

regresaron a la casa. Por el camino se encontraron con unos criados de Volkar, quienes al parecer habían iniciado su búsqueda.

Lan pensó que Aljel había previsto justo a tiempo el momento de desaparecer de aquellos contornos.

Se preguntó cómo se las había compuesto para burlar las severas medidas de seguridad instaladas alrededor de la casa y el astropuerto por Volkar.

* * *

Al capitán Lagnon le gustaba sentarse en el porche al anochecer, llenar lentamente su pipa y encenderla ceremoniosamente. Luego fumaba mirando las estrellas destelleantes tras el limpio cielo.

Aquella noche no gozaba plenamente de la quietud. Cómodamente sentada, meditaba profundamente. Sabía que aquella invasión de personas extrañas en su casa iba a terminar pronto. Volkar había llegado aquella mañana, anunciando que se marchaban al día siguiente. La nave del conde Volkar estaba posada en el astropuerto, a pocos centenares de metros de su propio carguero.

Lagnon sabía que la partida de aquellas gentes les iba a devolver la tranquilidad, y al mismo tiempo, la tristeza en el bello rostro de Lorena. Sabía que ella y Lan se amaban. No había querido preguntar nunca nada a su hija, pero intuía que la muchacha iba a tardar tiempo olvidar al antiguo esclavo.

Lo mejor sería, pensó, organizar un inmediato viaje. Sí, podía ir a la constelación Verguell. Le habían asegurado que allí se estaban haciendo buenos negocios. Y la ruta era segura. Ojalá Lorena se distrajese visitando nuevos mundos. Desde luego, no estaba dispuesto a volver en cierto tiempo al virreino de Ergol, y mucho menos a Dail. Era mejor evitar tristes recuerdos.

—Buenas noches, señor Lagnon.

Se volvió. Ya había reconocido la voz. Era Lan.

—Hola, siéntate. Si fumas, ahí tengo una caja con pipas, tabaco y cigarros.

—No, gracias. Sólo quiero conversar con usted. Será una especie de despedida. Ya sabe que mañana nos marchamos.

—Sí, desde luego que lo sé. Volkar me ha dicho que me enviará una orden de pago por las molestias ocasionadas.

Lan miró, receloso, alrededor, y Lagnon le observó, extrañado.

—Puedes hablar tranquilamente. Nadie nos escucha. Conozco bien mi casa. Dispongo de una instalación interceptora —dijo el capitán—. ¿Qué tienes que decirme?

—Le ruego que lo abandone todo, que se marchen tan pronto la nave del conde Volkar salga mañana, pero hágalo sigilosamente, como si sólo fuera a salir a trabajar en una de sus correrías.

—¿Por qué?

—Temo por ustedes, capitán.

—¿Quién puede hacernos daño?

—En poco tiempo querrán hacer desaparecer todo rastro de que yo estuve aquí. Los testigos les estorbarán. Pero es posible que durante algunas semanas o meses no corran peligro. De todas formas, será mejor que se refugien en algún planeta en donde el poder del Imperio no sea muy grande.

—Para hacerte caso deberás convencerme. ¿Sabías que vivo con mi familia, muy a gusto aquí?

—Lo sé. Pero de nada le servirá este paraíso, una vez muertos. Y no quiero que Lorena sufra por mi causa.

—Sé que tú la quieres, pero no creo en tal peligro. ¿Cómo puedes estar seguro de lo que dices?

—Hace dos días no hubiera podido decir semejante cosa; pero ahora estoy seguro de cuanto digo. ¿Qué sabe usted de Khrisdal?

—Eso es una leyenda. No sé qué tiene que ver…

—Dígame lo que sepa respecto a Khrisdal.

—No sé… Es muy poco. Se dice que en algún lugar inexplorado de la Metagalaxia existe un planeta colonizado por refugiados terrestres que huyeron hace siglos de aquí, cuando comenzó a forjarse el Imperio. Eran enemigos declarados de la autarquía, y fueron perseguidos con saña. Incluso la mayor parte de la población de la Tierra de entonces sentía un odio profundo hacia aquella comunidad, a causa de los poderes paranormales de que hacía gala. Se les temía porque eran poderosos. Los humanos normales creían que algún día los paranormales les relegarían a un segundo término y ellos usurparían el poder, incluso derribarían al Emperador. Pero todo eso pertenece a una fase confusa de la historia. Según se cuenta, la comunidad paranormal fue perseguida por orden del Emperador, y sólo unos pocos consiguieron escapar, refugiándose

en un ignoto planeta.

»Durante mucho tiempo, diversos emperadores dispusieron que sus poderosas flotas estelares encontrasen el planeta ya conocido por Khrisdal, pero nunca obtuvieron el menor éxito. Se dice que algunas naves de guerra sí lograron hallarlo, pero el poder de sus habitantes las destruyó, antes de que pudieran informar. Como ves, no es mucho lo que sé. Se supone que todo el mundo que esté trabajando en el espacio conoce más o menos esta leyenda.

Lan se humedeció los labios.

—Entonces no dudará en hacerme caso y escapar. Yo no soy hijo de Ich Denfol. Mis padres murieron, pero yo nací de una pareja de, Khrisdal.

El capitán Lagnon dejó de fumar, miró fijamente a Lan, se levantó lentamente, y dijo con voz enronquecida:

—Está bien. Te haré caso. Pero me gustaría volver a verte.

—A mí también.

CAPÍTULO VI

A Lan le fue ofrecido un privilegiado puesto en el puente de mando de la nave del Conde Volkar, quien permanecía sentado junto a él en silencio. Frente a Lan había una gran pantalla, que mostraba lo que podría divisarse desde la proa de la nave.

Se estaban acercando rápidamente hacia la Sede Imperial. Habían dejado atrás la densa barrera de pequeños satélites erizados de defensas, además de cientos de navíos patrulleros. La nave de Volkar radiaba constantemente su identidad y situación, cosa que todos los aparatos que se dirigían a la Sede tenían que hacer.

En la pantalla ya había aparecido desde hacía un rato la gigantesca mole esférica de metal. Desde el exterior, resultaba fea, incluso horrenda. Pero Volkar había asegurado a Lan que su interior le parecería un paraíso.

Al llegar a unos centenares de metros de la superficie del planetoide artificial, una gran compuerta se abrió y la nave, utilizando sus frenos, se introdujo en el iluminado tubo lentamente.

—Ya hemos llegado, al menos a la Sede. Pero aún tardaremos un poco en llegar a los aposentos de tu padre, muchacho.

Lan vestía un rico traje escarlata y oro. Volkar le había aconsejado aquel color para identificarse pronto con el preferido por Ich Denfol.

—De momento no veremos a nadie, pero siempre hay servidores que te observarán y ellos son los encargados en realidad de propalar las noticias a los cortesanos. Desde luego, ya todo el mundo sabe que el Duque Rojo ha encontrado a su hijo, y no hay nadie que no esté ansioso por conocerte, sobre todo las damas. Estoy seguro de que ellas te encontrarán muy atractivo y recibirás muchas invitaciones. Por el momento te aconsejo que no aceptes ninguna. Tendrás tiempo para ello.

—¿Es que tendré que hacer todo lo que usted o mi padre

quieran? —inquirió Lan, visiblemente contrariado.

—He dicho que sólo es un consejo, pero si lo prefieres puedes tomarlo como un mandato. Es por tu bien. Antes de lanzarte a la vorágine de la Corte, debes conocerla. No debe bastarte todo cuanto te han dicho.

La nave se detuvo y abandonaron el puente de mando, bajando por un ascensor a la esclusa de salida, en el exterior, les aguardaban varios soldados uniformados de rojo con cascos de acero, rematados de plumas amarillas. Él oficial, un curtido capitán, saludo respetuosamente a Volkar, y estudió someramente a Lan, esforzándose por ignorarle.

Silenciosamente, apareció un vehículo suspendido en el aire y el oficial abrió la puerta ceremoniosamente. Volkar y Lan se acomodaron en los asientos traseros mientras que el capitán se sentaba junto al conductor.

Fue un viaje vertiginoso a través de los tubos amplios de comunicación. Lan conocía, por medio de sus instructores, las características de la Sede. Los niveles esféricos centrales estaban destinados al Emperador, su esposa, cuando la tenía —Dioroto XX enviudo hacia años— y sus concubinas. Luego, los siguientes niveles estaban ocupados por los dignatarios más importantes, ministros, mariscales, generales, etc. En dirección hacia el exterior, tenían sus residencias los cientos de nobles con permanencia fija o circunstancial en la Corte. Así, en los más amplios y cercanos a la coraza protectora exterior, estaban las guarniciones, cuarteles y hangares para las naves de guerra y yates espaciales. Más de dos millones de personas vivían parasitariamente en la sede. Allí nada se producía. Todo se llevaba desde los mundos del Imperio, desde el más insignificante alfiler hasta los enormes depósitos energéticos precisos para mantener viva aquella comunidad y rodearla de placeres.

La sede disponía de miles de ascensores, túneles de bajada sin gravedad, circuitos de pistas para vehículos lentos y aquellos tubos para viajar rápidamente, como el que estaban usando para llegar a los aposentos del Duque Rojo. Volkar manifestó que aquel camino era privado, y sólo el Duque y sus allegados podían utilizarlo. Era un privilegio que en la sede sólo tenía también el Emperador.

Lan observaba el penacho amarillo del capitán. Aunque Volkar

no se lo presentó, ya sabía que se llamaba Ekreh, y era el jefe de la guardia personal de Ich Denfol, capaz de ejecutar cualquier orden, emanada de su amo y señor. Cada noble importante podía disponer en la sede de una pequeña guardia personal que le sirviese de símbolo de poder. Era una vieja tradición.

Pero Lan sabía que el Duque disponía de un verdadero ejército dentro de la Sede, miles de hombres repartidos estratégicamente, casi tan numerosos y bien armados como los guardias imperiales. Ich había actuado sigilosamente para reducir las fuerzas armadas de los demás nobles, los cuales apenas si contaban con unos cientos de soldados entre todos, brillantemente uniformados pero carentes de poder militar.

Cuando el vehículo se detuvo ante un hangar repleto de vehículos varios soldados vestidos de rojo corrieron a recibirlos. Ekreh impartió unas órdenes secas y la comitiva se encaminó hacia la salida, penetrando en un corredor alfombrado.

Lan fijó en su mente los detalles de aquellos aposentos. Mientras grababa un plano en su cerebro, aún podía percatarse del cúmulo de riquezas que durante años había estado acumulando el Duque Rojo. Había ricos muebles, viejos tapices y candelabros pretéritos en oro y platino por doquier, sirviendo de simples adornos objetos que dignamente podían figurar en los más encumbrados museos.

Por fin se detuvieron ante unas pesadas puertas de bronce dorado, que dos soldados empujaron silenciosamente. Volkar invitó a Lan a pasar. El joven lo hizo con paso firme y la mirada altanera.

Vio en el centro de la habitación a un hombre que se parecía bastante a Volkar, pero cuyos ojos denotaban una mayor crueldad y decisión. Vestía una túnica roja sujeta a la cintura por una cadena de oro, de la cual pendía una estilizada pistola de reluciente metal plateado. Sobre el pecho llevaba dibujado un disco blanco con unas letras I
y
D
en anagrama.

El Duque Rojo emitió una sonrisa estudiada, y avanzó hacia su hijo. Detrás de Lan, las puertas de bronce se cerraron. Estaba a solas con Ich Denfol y Volkar.

Lan se estremeció cuando sintió las manos del Duque apoyarse

sobre sus hombros.

—Bien venido a casa, hijo.

—Volkar me dijo que podía llamarte padre en privado, pero Duque Denfol en presencia de extraños —dijo.

—Así es ¿Es que no vas a abrazarme? —preguntó.

Él Duque abrazó a Lan, quien no pudo evitar un estremecimiento, a la vez que se preguntaba si podría seguir fingiendo por mucho tiempo.

—Comprendo que es difícil acostumbrarse a una nueva situación como la tuya, Lan, pero dejemos tiempo al tiempo. Dentro de poco seremos buenos amigos.

—Eso espero.

* * *

—No has estado muy afectuoso con tu padre, muchacho —le recriminó Volkar cuando el Duque, alegando unas obligaciones inaplazables, dijo que tenía que marcharse.

—Tampoco lo ha estado él.

Pero la situación de Ich es distinta. Su posición en la Corte es muy envidiada. Siempre tiene que estar alerta. Ahora mismo se ha marchado para presidir una reunión con los mariscales y generales. Ha habido un levantamiento en los confines del Imperio. El Emperador no asistirá, y el Duque tendrá que tomar las decisiones por él. En realidad, según me ha confesado, el Duque confía en tener en tu persona un fiel colaborador.

—Creí que el Consejo lo presidía el Conde Aljel.

Volkar soltó una carcajada.

—Aljel es un viejo chocho que gracias a tu padre se mantiene aún en su puesto. Como es un cargo vitalicio Ich no ha presionado al Emperador para que lo destituya. Tu padre es joven y puede esperar a que Aljel se muera de puro viejo.

Tengo entendido que el Príncipe apoya a Aljel.

Volkar miró ceñudamente a Lan.

—Dejemos esta conversación. Aún es pronto para que estudies la política que reina en este lugar. Ven, te enseñaré tus habitaciones. ¿Sabes que el Emperador está deseando conocerte también? Creo que dentro de unos días tu padre te presentará ante lo más selecto de la Corte. Será una reunión reducida, apenas unas docenas de

altos dignatarios. Pero no debes preocuparte. Casi todos son partidarios de tu padre. Aljel estará pero cuenta con pocos adictos. A nadie le gusta estar al lado de los perdedores. —Y terminó riendo su afirmación.

* * *

Lagnon ya se lo había dicho a su esposa y ella estaba conforme. Incluso le parecieron acertadas las determinaciones del capitán, aunque creía que habían partido de él y no aconsejadas por Lan. Lagnon no había querido confiarle aún nada por el momento. Ninguno de los dos se habían atrevido a contarle nada a Lorena, aunque mientras tanto lo habían estado preparando todo para la marcha definitiva. Añorarían la casa, el lugar, la tranquilidad que disfrutaban y que ansiaban cuando viajaban entre las estrellas. No encontrarían ningún lugar como la Tierra; pero el capitán ya tenía elegida nueva residencia. Se trataba de un mundo que gozaba del librecambio y cierta estabilidad, pese a pertenecer al Imperio. El virrey que lo gobernaba no era demasiado despótico, y dejaba a los nativos humanos que eligiesen a sus gobernadores. Lagnon ya había estado allí algunas veces y hasta le agradaba. Podrían trabajar y vivir en paz.

Pero ¿qué pensaría Lorena? A ella, sin duda, tendría que contarle la verdad, decirle que hacía caso al consejo de Lan de marcharse sin decir adónde porque en breve sus vidas podían peligrar.

Habían pasado tres semanas desde que se marchó Lan a la Sede, y Lagnon había encontrado algunas noches a su hija mirando las estrellas, en dirección al lugar donde la esfera de metal estaba situada.

Aquella tarde, Lorena irrumpió en el salón de la casa y dijo impulsivamente a su padre:

—Traigo buenas noticias.

Lagnon dejó su pipa y la miró. Estaba decidido a comunicárselo todo en aquel mismo momento. Pero antes debía escucharla.

—El viejo Harris ha llamado. Tiene problemas y quiere que le saquemos del apuro —dijo Lorena, sentándose junto a su padre.

—¿Qué son esos problemas?

—Tiene un embarque para la Sede, y su navío no está en

condiciones de volar hasta dentro de unas semanas. Me llamó para que te preguntase si nosotros podíamos hacer ese trabajo.

Harris era un viejo comerciante que vivía a algunos centenares de kilómetros de allí. Se trataba de un antiguo camarada de Lagnon. Pero el capitán estaba pensando que el entusiasmo de Lorena no podía deberse a saber que Harris se acordaba de la amistad con su padre, y que al mismo tiempo les daba una buena cantidad a ganar.

Lagnon no se anduvo por las ramas y preguntó directamente:

—¿Supones que si vamos a la Sede podrás ver a Lan?

Lorena se rió.

—No creo que sea muy difícil. Eres un pillo. En seguida has comprendido que me gustaría que aceptases y, por supuesto, ir yo contigo.

—No me gusta ir a la Sede.

—No puedes negarle un favor a Harris.

—Desde luego que no. Además, quería decirte que…

—¿De qué se trata?

Lagnon se encogió de hombros.

—No tiene mucha importancia. Y es mejor dejarlo para cuando regresemos de la Sede. ¿Cuándo quiere Harris que vayamos a su almacén con nuestra nave a recoger la mercancía?

Lorena besó a su padre y ambos terminaron riendo.

* * *

Lan había querido recorrer las dependencias públicas de la Sede, y Volkar le puso un guía que el joven consideró que era su vigilante. Tuvo que vestirse con ropas que no revelaban su identidad, e incluso modificar un poco su rostro para no ser reconocido. Increíblemente, cientos de personas disponían ya de su descripción, y docenas de damas de la Corte trataban de intimar con él.

Siempre seguido por el guía, Lan visitó los lugares más populares de diversión. El recorrido duró todo el día. Almorzaron en uno de los muchos puntos donde podían comer lo que se les antojase, y beber las más exóticas bebidas sin pagar un céntimo. Luego, el guía sugirió que podían visitar los centros más excitantes, y Lan accedió, lleno de curiosidad.

Regresaron de madrugada, según el horario artificial establecido

en la Sede. A Lan le dolía un poco la cabeza; pero el guía estaba tan borracho que no podía tenerse en pie. Durante la juerga, Lan supo que el hombre era un oficial de la guardia de Ich y que aguantaba poco la bebida.

Lan le dejó tumbado en una butaca, y tomó una ducha, encontrándose después de ella bastante despejado. En el mismo cuarto de baño, halló unas píldoras que le germinaron de entonar. Parecía como nuevo cuando tomó ropas limpias de un ropero. Arrojó las sucias al convertidor, después de sacar sus pertenencias del bolsillo. También siguió el mismo camino un pañuelo perfumado, regalo de la dama que consiguió apartarle del grupo de mujeres que durante la reunión le acompañaban.

Lan ya podía hacerse una idea de lo que la vida en la Corte le depararía. Y si tenía en cuenta que los hombres y mujeres con los que había conversado y bebido no sabían quién era, debía estremecerse al pensar lo que pasaría cuando todos supiesen que oficialmente era el hijo del poderoso Ich Denfol.

Salió de sus habitaciones y recorrió unos pasillos. Tal vez había tomado demasiadas pastillas, y ahora no tenía sueño. Sin darse cuenta, se encontró ante la puerta que conducía al despacho privado del Duque. La puerta no estaba cerrada del todo y escuchaba voces procedentes del interior. No era de extrañar la ausencia de centinelas. El reducto privado del Duque sólo era severamente vigilado desde el exterior. Dentro, los guardias brillaban por su ausencia, aunque estuviesen siempre prestos a acudir a la llamada del Duque, o intervenir apenas sonase alguna de las infinitas alarmas.

Quienes conversaban eran Volkar y el Duque. Lan cerró los ojos y le pareció normal que su mente formase la imagen nítida de los que conversaban. Ya se estaba acostumbrando a aquellos poderes que lentamente iban naciendo en su ser. A veces se asustaba pensando si no serían ilimitados. Desde que Aljel le sustituyó la pulsera que se los refrenaba desde su más tierna juventud, no pasaba el día que, sorprendentemente, descubría algún sistema nuevo para emplear la enorme potencia mental que siempre poseyó.

A veces incluso podía leer los pensamientos de las personas que se encontraban cerca, cuando las mentes estaban en actitud pasiva. Ocurría que le costaba mucho indagar en el interior de Volkar, y

totalmente imposible en el Duque. La personalidad de Ich era demasiado fuerte para él. Pero confiaba que llegaría el día que los pensamientos del Duque serían como un libro abierto a su disposición. Entonces sabría la verdad.

Podía escuchar lo que hablaban al otro lado de la puerta. La conversación trataba sobre asuntos políticos, en los que Denfol estaba directamente implicado. Lan empezó a aburrirse y estaba dispuesto a marcharse cuando por unos instantes la mente de Denfol, vivamente excitada, se le abrió totalmente. Aprovechó aquellos segundos para escudriñar en el subconsciente de su supuesto padre. Aunque fueron pocos, resultaron suficientes para llegar a conclusiones definitivas.

Entonces, con decisión, empujó las puertas y entró.

Al verle, los dos hombres callaron. Ich parecía bastante molesto con aquella inesperada visita. Volkar, en cambio, estaba confuso.

—No sabía que hubieras vuelto —dijo Ich, mientras ocultaba bajo unos libros unos papeles.

—Hace unos minutos —contestó Lan, avanzando unos pasos y situándose delante de la mesa donde trabajaban Volkar e Ich.

—¿Dónde está el guía?

—Durmiendo la borrachera.

—Lo habéis pasado bien —sonrió Volkar—. Pero tú pareces muy sereno. ¿Acaso no te gusta el vino?

—Me hace poco efecto. Y me recupero pronto.

—Tu padre y yo tenemos mucho trabajo, Lan. Será mejor que te retires y descanses —sugirió Volkar.

Antes de que Lan dijese algo, el Duque intervino:

—No, déjale. Creo que ha llegado el momento de que mi hijo demuestre su amor por su padre. Siéntate, Lan.

—No estoy cansado; prefiero permanecer de pie.

Denfol enarcó una ceja, un tanto sorprendido por lo que podía considerarse una impertinencia.

—Como prefieras. He decidido presentarte ante el Emperador mañana mismo. Desde entonces, dejarás de utilizar el apellido Dioah y utilizarás el mío.

Incluso Volkar parpadeó ante aquellas palabras. La presentación estaba fijada para dentro de algunos días. El Duque comprendió el estupor de su primo y, sonriendo, añadió:

—También quería decírtelo a ti, Volkar. Lo he decidido hace apenas unas horas, cuando me entrevisté con Dioroto. Su Alteza no se encuentra muy bien. También vi al Príncipe y charlé largo rato con él. —Sus palabras sonaron a los oídos de Lan insinuantes, como si quisiera transmitir a Volkar una intención especial. La mente del Duque volvía a estar cerrada y no pudo averiguar la verdad—. ¿Sabías, querido primo, que he encontrado en el Príncipe una inesperada ansiedad de colaboración? Estoy seguro de que él no se opondrá a mi política galáctica. Incluso nos apoyará, ante la débil resistencia de Aljel y los suyos.

Lan observó cómo Volkar extendía una amplia sonrisa en su rostro. Tuvo tiempo de captar unos pensamientos en él.

—Por lo tanto, querido Lan —siguió diciendo el Duque—, ha llegado el momento de convertirte en mi más íntimo colaborador. El Imperio necesita un dirigente fuerte, capaz de volver a engrandecerlo. Los últimos emperadores, incluido el actual, se han limitado a mantenerlo apenas. Hasta hemos perdido autoridad en muchos mundos. Los virreyes se vuelven insolentes, y algunos escamotean los tributos. Y sin tributos, no podemos mantener la Armada Imperial por la cual somos temidos y respetados. Además, algunos reinos independientes están a punto de coaligarse en contra nuestra. Ante esta situación, el Emperador, en su ancianidad, se encoge de hombros, y su hijo pone trabas a mi política de revitalización. Es hora de que nos libremos de ambos.

—¿Acaso pretendes asesinarlos? —preguntó, irónico, Lan.

CAPÍTULO VII

—No debías utilizar esa palabra. No se asesina cuando se actúa defendiendo el bien común —replicó secamente el Duque—. Y debo decirte ya que tú eres quien llevará a cabo ese acto de justicia.

Lan recordó la conversación que sostuvo con Aljel. La actual situación se estaba pareciendo mucho a aquélla.

—¿Por qué voy a convertirme en un asesino? Si pretendes librarte del Emperador y su hijo, dispones de miles de soldados bajo tus órdenes. Y estoy seguro de que muchos jefes de la Armada te seguirán.

—No dudes de eso. Todo está dispuesto. Los jefes de los ejércitos sólo me piden que elimine al Emperador y al Príncipe.

—Y tú serías coronado Emperador…

—Exacto. Y tú mi heredero. Como mi hijo que eres, deberías estar contento de lo que te propongo.

—¿Por qué tengo que ser yo?

—Te lo explicaré brevemente. Tu madre era una humana perteneciente a una raza dotada de grandes poderes mentales, que tú heredaste. Ya conoces la historia, la parte en que fuiste capturado por unos esclavistas, y ella murió. El Emperador vive en unos aposentos, en donde es imposible entrar con armas. Dispone de una guardia muy bien entrenada, ayudada por medios científicos, que hacen imposible cualquier clase de atentado. Además, necesito que todo el mundo crea que él y el Príncipe mueren bajo causas normales. Yo estaré a tu lado cuando el poder de tu mente provoque en ellos un ataque al corazón, capaz de evitar cualquier reactivación científica. Tendremos docenas de testigos, entre enemigos y amigos míos. Nadie podrá decir que no fue una muerte natural. Como no existen herederos, nadie se opondrá a que yo sea nombrado Emperador.

—Lo pones muy fácil, pero yo no creo ser capaz de hacer tal

cosa —sonrió Lan—. Nunca supe que tuviera poderes especiales.

—Los tendrás tan pronto te liberes de esa pulsera —dijo Volkar —. Siempre quisiste saber por qué la has llevado siempre y librarte de ella.

Lan se la acarició.

—No pienso hacer tal cosa.

—Di tus razones. No creeré nada si empiezas a decir que te puede remorder la conciencia. Durante años has estado privado de todo, viviendo como…

—Termina. He estado viviendo como un esclavo. Pero repito, no mataré a nadie.

Volkar y el Duque se miraron. El primero, inquieto, y el segundo, enfurecido.

—Eres un desagradecido, muchacho —escupió Volkar—. Durante años te busqué por cientos de mundos, mientras tu padre sufría tu ausencia. Nunca pudo esperar esta ingratitud.

Lan soltó una carcajada.

—Estuviste buscando la persona idónea para llevar a cabo el doble homicidio. Ya es tiempo de dejarnos de fingimientos. —Lan abandonó su apariencia divertida y su gesto se trocó en viva ferocidad—. Estoy cansado de este juego.

Y diciendo esto, se liberó de la pulsera, que arrojó a los pies de los dos hombres, quienes retrocedieron como si ella pudiera convertirse en una venenosa serpiente.

—Aljel me contó una historia que tampoco creí y me cambió la pulsera por otra falsa, que me ha permitido leer hace unos instantes vuestros pensamientos y conocer que realmente no soy hijo de Ich Denfol.

El Duque reaccionó antes que su primo. Recobró en seguida la compostura, cruzó los brazos sobre el pecho y dijo:

—Ya me contó Volkar que la nave de Aljel estuvo merodeando la casa de ese capitán mercader. Y Aljel aprendió en Khrisdal algunos trucos simples, como el de la teleportación. Pero cualquier gesto de ésos lo agota en seguida. Es sólo un simple aficionado.

»Está bien, muchacho. Has puesto las cartas boca arriba y me alegro. A mí también me desagradan los fingimientos. Volkar y yo podemos evitar un ataque mental tuyo porque estamos preparados, y dudo que aún hayas aprendido a utilizar todos tus poderes. Por lo

tanto, no temo decirte lo que quiero que hagas. Matarás al Emperador y al Príncipe, tal como quiero. Luego, te dejaré marchar en una nave, junto con suficiente dinero para que puedas comprarte un planeta entero… y llevarte lo que quieras.

—Ya me negué ante Aljel y lo vuelvo a repetir ahora: no mataré a nadie por mandato. Es posible que no consiga salir vivo de aquí, pero tú te verás en un aprieto, al tener que contar a la Corte que tu hijo ha desaparecido.

El Duque se encogió de hombros.

—Tengo mil excusas a mi disposición. Lo único que lamentaré es haber perdido muchos años en este plan. Desde que te encontré, y supe lo que podía esperar de ti, toda mi vida, mis esfuerzos, se encaminaron a conseguir eliminar al Emperador, sin que nadie pudiera acusarme de nada. Comprenderás que ahora no voy a abandonarlo todo, Lan.

—No podrás obligarme a hacerlo. Ni aunque utilices drogas o medios científicos para doblegar mi voluntad conseguirás nada. Soy un nativo de Khrisdal.

—Sí, sí, lo sé —admitió el Duque—. Pero existen otros medios para obligarte a obedecerme. Por supuesto, descarto las amenazas de torturarte. Sé que puedes preparar tu mente para hacerte inmune a los dolores.

La muerte sería un placer para ti, si te lo propones. Pero aún dispongo de esto.

Ich anduvo hasta el fondo de la habitación, y encendió una pantalla visora. Tan pronto como surgió en ella la imagen, Lan se tambaleó.

Veía a Lorena sentada en una butaca de metal, con las manos y piernas atadas por flejes de acero. Parecía dormida, sumida en un profundo y dulce sueño. Detrás de la muchacha se veían algunos soldados, vestidos de escarlata.

Lan avanzó unos pasos hasta llegar a tocar el frío cristal, como si quisiera palpar el cuerpo de Lorena.

—¿Qué has hecho con ella? —preguntó, intentando controlar su ira. Sentía deseos de emplear todo su poder, aunque muriese agotado, y fulminar a ambos hombres.

—Está bien —dijo Volkar, adelantándose—. Ella será nuestra garantía, lo que nos asegurará que tú cumplirás lo que te pedimos.

—Os destruiré.

—No lo intentes —recomendó Volkar, palideciendo—. Si nos ocurriese algo a nosotros, la chica moriría. Su cuerpo se volatilizaría.

—Ni pienses llegar hasta ella porque en lugar de conseguirlo, sólo lograrías precipitar su muerte —dijo Ich, más tranquilo que su primo. Ambos sabían que estar junto a un irritado Lan era como permanecer al borde de un volcán, a punto de entrar en erupción—. La tenemos retenida en algún lugar que tú no puedes averiguar. Si nuestros hombres saben que morimos o peligramos, tienen órdenes de ejecutarla. Por el momento está bien. ¿Recuerdas que te dije que si colaborabas te permitiría marchar con dinero y lo que deseases? Esa chica puede ser añadida al lote.

—¿Cómo os habéis apoderado de ella? ¿Está en la Tierra? ¿Y sus padres? —preguntó Lan.

—El carguero del capitán Lagnon llegó hace unas horas trayendo mercancías. Lorena preguntó por ti —explicó Volkar—. Insistió tanto, que los vigilantes la condujeron hasta mí. Entonces me di cuenta de que podía servir para nuestros planes. Pedí a Lorena que dijese a su padre que debía marcharse, que ella estaba contigo, y decidida a permanecer en la Sede. El capitán protestó, pero terminó siendo convencido por su hija. Se marchó refunfuñando, pero lo hizo. Luego drogué a Lorena y ordené que la dispusieran en esa especie de silla capaz de desintegrarla.

—Así, ella está en la Sede.

—Sí, pero no pretendas saber dónde. Ahora volvamos al asunto que interesa —dijo Volkar—. Yo conté a Ich que sientes bastante afecto por ella y es posible que ante la idea de que pueda morir, accedas a colaborar con nosotros. ¿Qué respondes?

Lan aspiró hondo.

—Antes de entrar —dijo—, logré saber que Ich no es mi padre. Por unos segundos, bajó su guardia mental. Podría fulminaros ahora mismo e incluso temo que mi subconsciente trabaje por mi cuenta, tan grandes son mis deseos. Pero no puedo consentir que Lorena muera. Temía algo de esto y recomendé al capitán Lagnon que se marchase de la Tierra. Estaba seguro de que vosotros intentaríais eliminar testigos. Y así ha sido. ¿Qué garantías puedo tener de que si os obedezco admitáis mi marcha y la libertad de Lorena?

—No existen más garantías que nuestras palabras… Deberás fiarte de ellas —dijo el Duque.

—No es mucho. Vuestra palabra está tan podrida como vuestros cuerpos. Pero no tengo otra alternativa. Haré lo que queráis.

—Eso está mejor. Después que muera el Emperador y su hijo, se producirá una inevitable confusión. Aprovecharemos ese momento para anunciar más tarde tu muerte a manos de un seguidor del difunto anciano monarca. En ese mismo instante, una nave te conducirá al lugar del Universo que desees junto con tu amada.

—Quiero que aviséis a los padres de Lorena para que se marchen de la Tierra. Que Lorena les envíe un mensaje, diciendo que está bien conmigo, y que nos veremos cuando podamos. No deseo que los viejos estén más tiempo a vuestro alcance —dijo Lan.

—Eso lo podemos hacer. ¿Por qué no? Al capitán Lagnon y su esposa parece no agradarles vivir en el paraíso terrestre. Realmente, no me gusta matar sin necesidad —sonrió Ich.

Lan no dejaba de observarle. Sin tener que penetrar en la mente del Duque, estaba seguro de que éste cumpliría con su palabra. Pero no podía estar seguro de si también lo haría con la segunda parte de su promesa. No confiaba en que le dejasen libre. Y si él no conseguía salir de la Sede, tampoco lo lograría Lorena.

* * *

Lan había permanecido el resto de la noche tumbado en su cama sin poder conciliar el sueño. El Duque le había explicado detalladamente lo que esperaba de él cuando se celebrase su presentación oficial al Emperador. Una vez que conocía los detalles comprendía por qué Ich le necesitaba por sus poderes mentales, capaces de producir la muerte en una persona a distancia.

El cuarto estaba en tinieblas y suavemente se fue iluminando. El mecanismo automático había actuado para anunciarle que el día estaba comenzando en la Sede. Faltaban pocas horas para la presentación ante el Emperador. Lan estaba sintiéndose un poco nervioso.

Se levantó y entró en la ducha. Mientras el agua perfumada corría por su cuerpo, escuchó como la puerta del dormitorio se abría, penetrando dos sirvientes. Como todas las mañanas, le traían el desayuno. Salió de la ducha, y desde el secador, observó como el

criado depositaba una enorme bandeja sobre una mesita, y su acompañante, una muchacha, se quedaba de espaldas al cuarto de baño.

Después de colocarse una túnica, Lan entró en el dormitorio. Entonces la criada se volvió y el joven no pudo evitar el abrir la boca, lleno de estupefacción.

Lorena corrió a arrojarse a sus brazos. Se besaron y Lan tocó repetidamente el juvenil cuerpo de su amada para convencerse de que no sufría alguna alucinación.

—¿Qué significa esto? No puedo creer que el Duque te haya liberado. Es imposible que tenga confianza en mí.

Entonces el sirviente se acercó. Se trataba de un hombre joven, de apenas veintidós o veintitrés años. Sus facciones nobles sonrieron al decir a Lan:

—No alborotes tanto, amigo. Corremos peligro que nos descubran. Por supuesto, el Duque no sabe que ya no cuenta con su rehén para obligarte a matar al Emperador y su hijo.

—¿Quién eres y cómo sabes lo que el Duque desea que yo haga?

—Es Dorden, Lan. El Príncipe —dijo Lorena, mirando respetuosamente al joven falso criado.

Lan parpadeó repetidas veces.

—No es posible…

—Sí, así es —dijo Dorden—. Tenía que hablar contigo y, forzosamente, traer conmigo una prueba de mi buena voluntad. Para eso mis fieles servidores y yo hemos libertado a Lorena del lugar donde el Duque la tenía sentada a un sillón desintegrador.

—Entonces, el que estéis aquí es una locura. El Duque sabrá pronto que ya no tiene a Lorena y la buscará por todas partes.

—No. Hemos dejado a otra muchacha en su lugar. Ahora los soldados escarlatas que la guardan son hombres míos, y el Duque no sospechará nada. La chica no corre el menor peligro y se ofreció voluntaria para esa misión. Y no temas porque el Duque o su primo descubran que no es Lorena. Te asombrarías si vieras a la sustituta, Lan. —El Príncipe terminó riendo.

—Exacto —asintió Lorena—. Yo creí estar ante un espejo cuando la vi tomar mi puesto en aquel horrendo sillón.

Lan miró, intranquilo, las paredes del dormitorio.

—Debemos charlar en otro lado. Pueden estar oyéndonos e

incluso viéndonos.

—No temas. Sabemos que estas habitaciones están bajo el campo interferidor de espionajes. Es una medida impuesta por el Duque, que ahora nos favorece.

—Entonces debemos marcharnos tan pronto me vista —dijo Lan.

—Nada de eso —dijo firmemente Dorden, tomando a Lan de un brazo—. Tenemos que establecer un plan.

Lan respiró ruidosamente.

—Estoy cansado de que me propongan planes para asesinar gentes. Todo el mundo quiere lo mismo. Y yo sólo deseo marcharme de una vez de este maldito lugar.

—Pensé que accederías a colaborar conmigo —dijo Dorden, frunciendo el ceño—. No esperaba menos después de liberar a tu novia.

—Habla —dijo Lan.

—Sería imposible que pudieras escapar con Lorena de la Sede en estos momentos. Lamentablemente, el Duque controla las salidas con sus hombres de confianza. Debes seguir adelante, como si estuvieras dispuesto a obedecerle en todos sus deseos.

—¿Quieres decir que debo permitir ser presentado ante el Emperador? Creí que sabías que el Duque quiere que le mate a él y a ti.

—Sólo se cambiarán al final los planes trazados. Desde luego, no quiero morir yo. Ni tampoco que mi padre muera. Pero deberás dirigir contra nosotros tus poderes mentales.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Sí. Tenemos que engañar al Duque. Yo quedaré ileso porque soy joven, y mi padre sólo sufrirá un desvanecimiento que engañará a todos los presentes haciéndoles creer que ha muerto. Así, yo seré Emperador.

—Entiendo —dijo Lan, sintiendo asco de todo aquello. Había intentado penetrar en la mente del Príncipe, y se sintió rechazado poderosamente. Penetrar en la mente de alguien debía hacerse con cierta delicadeza, algo muy distinto a querer provocar su muerte.

—No, no entiendes nada aún. El Conde Aljel trabaja para mí. Fue a proponerte a la Tierra que sólo matases al Emperador. A él también tenemos que hacerle creer que mi padre muere bajo tus manos. Yo ya me encargaré de conducirlo a un lugar tranquilo,

donde pueda vivir en paz los últimos días de su existencia. En realidad, es lo que él desea. Sabe todo lo que quiero hacer y está conforme.

—¿Por qué no abdica, entonces?

—Eso, viviendo el Duque Rojo, sería un suicidio. Ich domina a mi padre y él sabe que no puede sustraerse a su voluntad. Además, necesitamos que en la Sede se crea que el Duque intentó hacerse con el poder por medio del asesinato doble. Eso pondrá a los indecisos a mi lado. Lo harán cuando comprueben que no soy tan débil como piensan.

—No sabía que Aljel fuese tan maquiavélico.

—Ha sido un hombre paciente durante años. Ha esperado que yo creciese, cuidando a mi padre y pensando cuáles podían ser los planes definitivos del Duque. Cuando supo que había perdido un joven del planeta Khrisdal, que el Duque destinaba para una secreta misión, empezó a atar cabos. Luego pudo saber que Volkar marchó a Ergol en busca de un esclavo. Entonces no tuvo la menor duda de lo que Ich pensaba hacer. Aljel, como quizá sepas, conoce bastante tu planeta nativo, Lan. Tal vez tanto como Ich Denfol. Entonces, Aljel decidió actuar. Primero intentó eliminar a Volkar y hacerte prisionero a ti utilizando un falso navío aduanero. Al fracasar aquel intento por tu causa, precisamente, fue a la Tierra e hizo lo único que podía: cambiarte el brazalete que te impedía el uso de tus poderes. Así conseguiste descubrir al Duque y saber que no es tu padre. Pero aún queda algo, Lan. Él brazalete que tienes y que tú supones es falso, no te quita el uso de los poderes, pero sí los disminuye lo suficiente para impedirte matar a nadie, aunque lo desees.

Lan pulsó con rapidez el resorte para quitárselo. Se asombró un poco al ver que salía fácilmente.

—¿Creías que no ibas a poder librarte de él como el anterior? —inquirió, burlón, el Príncipe—. Nosotros no somos tan malvados como el Duque y los suyos, Lan. Supongo que aceptarás ayudarme.

—Lo estoy pensando.

—No hay mucho tiempo, lo siento. Debes decidirte pronto. Hemos podido entrar, haciéndonos pasar por sirvientes, pero no debemos tentar la suerte. Lorena y yo tenemos que marcharnos pronto. Dentro de poco, las dependencias del Duque se llenarán de

gentes, y alguien puede descubrir quién soy. —Dorden agitó la cabeza, impaciente—. Pero ¿no puedes tener fe en alguien, Lan? Comprendo que en poco tiempo han sucedido muchas cosas, que puedes sentir asco por las intrigas en las que te has visto sumergido. Pero quizá te ofuscas y no razones lógicamente. ¿Acaso no corro un gran riesgo viniendo hasta aquí y trayéndote a Lorena como muestra de mi buena voluntad? Te prometo que apenas salga de esta habitación la conduciré a una nave donde ella te esperará. La tripulación es de toda mi confianza y tiene órdenes de llevarte a donde desees. Sólo te pido que confíes en mí y hagas lo que te pido.

—Desde hace muchos días, desde que dejé de ser esclavo, sólo escucho mentiras, propuestas de asesinato, rumores de intrigas —estalló Lan—. ¿Cómo podré saber cuándo alguien me habla diáfanamente?

—Está bien. Sólo hay un medio —suspiró Dorden—. Te abro mi mente. Averigua en ella si te he mentido.

Lan se envaró ante aquella inesperada propuesta. A su lado, Lorena se apretó a su cuerpo y le dirigió una sonrisa de confianza.

CAPÍTULO VIII

Lorena salió del túnel y entró directamente en la nave. En el interior, alguien que ella reconoció al instante, le lijo:

—Me alegro de verte, muchacha.

—Usted es…

—Sí. Yo soy Aljel. He querido esperarte aquí para darte confianza.

—La tengo en ustedes. Lan leyó la mente del Príncipe y sabe que piensa jugar limpio.

—Lo celebro. Los poderes de un hombre de Khrisdal pueden ser mortales o inquietantes, pero me parece que muy efectivos en ciertas ocasiones. Dorden hizo bien en mostrarse a Lan sinceramente. ¿Ha habido algún problema para llegar hasta aquí?

La pregunta la hizo Aljel al soldado disfrazado con el uniforme escarlata de la guardia del Duque que acompañó a Lorena a través de la Sede hasta aquel hangar.

—No ha habido ningún problema, señor. Los lugares clave están ocupados por nuestros hombres —informó el soldado—. Solamente en los sectores
Z-987
y
Z-45
hemos encontrado dificultades en sustituir a los guardias escarlatas.

Aljel arrugó el ceño, pero luego sonrió.

—Bueno, no son muy estratégicos. Podemos prescindir de ellos. Con los enclaves dominados, tenemos suficiente para impedir el despliegue de las fuerzas del Duque.

—¿Habrá lucha? —preguntó Lorena, inquieta.

—Es posible. —Aljel se encogió de hombros—, pero confiamos en vencer, El Duque se descubrirá a sí mismo, cuando vea caer al Emperador. Estoy seguro de que no esperará a asegurarse de que

Dorden esté muerto también. Se proclamará Emperador y… De todas formas, necesitamos suerte.

—Lan correrá peligro.

—No más que en alguna parte de la Sede. Esto puede convertirse en un infierno si la situación no se domina en poco tiempo. Si Dorden llega a coronarse Emperador, me parece que tendrá que apresurar la construcción de la nueva Sede Imperial en la Tierra. Este viejo lugar quedará un poco inservible para alojar a la Corte. Te prometo, Lorena, que Lan llegará aquí tan pronto sea posible. Entonces sólo tienes que ordenar al comandante de la nave que te lleve al lugar que deseéis. Ah, me olvidaba decirte que el Duque, por una vez, cumplió con su palabra y envió un mensaje a tus padres. Ellos te creen ahora en lugar seguro, al lado de Lan. Me parece que partirán de la Tierra en breve.

—¿Cómo lo sabe?

Aljel sonrió ladinamente.

—El Duque siempre me subestimó, querida. El me considera un viejo chocho y yo siempre le dejé que pensara así porque me conviene. Creo que se moriría del susto si supiera que dispongo de un sistema de espionaje más perfecto que el suyo. ¿Cómo, entonces, iba a saber de tu llegada a la Sede y posterior captura? Ahora tengo que dejarte. Mucha suerte y sé muy feliz.

Aljel tomó la mano derecha de Lorena y la besó. Luego, sonriendo, desapareció por el túnel. El soldado cerró la puerta y preguntó a Lorena si quería ser llevada a su camarote.

—Esperaré aquí —respondió ella, sin dejar de mirar la cerrada puerta por la que pensaba ver aparecer a Lan dentro de algún tiempo.

* * *

El Duque entró en el dormitorio de Lan cuando los sirvientes estaban terminando de vestir al joven para la ceremonia. Asintió aprobadoramente, diciendo:

—Estás muy elegante, querido hijo. El Emperador quedará vivamente impresionado. Debo reconocer que posees la misma arrogancia que tu padre y la belleza de tu madre, mi querida y llorada esposa.

Ich soltó una carcajada que fue coreada por Volkar. Lan miró a

los dos hombres, con visible enfado. La ironía del Duque era como una serie de puñetazos dirigidos a su rostro. El joven apartó a un criado que terminaba de colocarle la capa larga y repleta de bordados de oro. Con marcada desgana, tomó de otro el complicado y lleno de plumas sombrero que sólo debería llevar sujeto por su mano derecha, como un simple adorno.

Ich Denfol, por su parte, lucía su más rutilante uniforme escarlata. Incluso las altas botas y la pistolera, que guardaba una rica arma, eran del mismo color. Únicamente los atributos de su rango eran dorados, además del rectángulo multicolor de las condecoraciones que lucía sobre el pecho. Por el contrario, Volkar vestía un traje ligeramente más sencillo y de color gris, aunque sobre el torso lucía el emblema familiar.

El Duque indicó a un criado que se acercase y tomó la caja negra que le ofrecía, sacando de ella un collar grande y pesado de oro, del que colgaba un águila tricéfala posada sobre un planeta. Al ir a colocarlo sobre el cuello de Lan, éste hizo un gesto de negación.

—No temas —dijo Ich, sonriendo—. Es sólo un collar. Eso sí, un valioso collar. Es de mi propiedad, y en esta ocasión deberás llevarlo tú. Es la norma. Luego me lo devolverás. Me lo concedió el Emperador… a sugerencia mía, por supuesto. Nadie en la Corte posee el Gran Collar del Imperio. Con este gesto, te reconozco como mi hijo.

Lan notó el peso del metal y tocó las cadenas, así como la figura que sostenía. No parecía ser sino un simple y suntuoso collar, que debía pesar más de un kilo.

—Llévalo con dignidad, querido hijo —terminó diciendo Ich—. Es la hora. No debemos hacer esperar al Emperador y la Corte.

El Duque salió de la habitación, y Volkar hizo una indicación a Lan para que le siguiese, cerrando él la marcha. Fuera les esperaba una sección de los guardias escarlatas, con uniformes de gala. Ofrecerían una bella y atávica estampa si no fuese porque todos estaban fuertemente armados, aunque la riqueza de las armas intentase darles una apariencia menos bélica.

Al dejar atrás las dependencias privadas del Duque, fuertemente vigiladas, entraron en el tubo de comunicación privado, en donde un vehículo les esperaba. Otras cuatro unidades repletas de hombres vestidos de rojo estaban situadas delante y atrás, formando

una fuerte escolta. Para cualquiera que no fuese Lan, quien sabía lo que esperaba el Duque que ocurriese en la recepción, debería pensar que aquél era un derroche de demostración de poder.

El vehículo que estaba reservado para ellos era grande, con una lujosa cabina en la que se acomodaron, mientras la guardia que les protegía se colocaba en otro departamento trasero. Entonces se dio la orden de salida, poniéndose los cinco vehículos en marcha. Sólo entonces se dio cuenta Lan de que Volkar no había subido con ellos.

* * *

El silencio había empezado a inquietarla, y Lorena decidió entrar en la pequeña cabina de mando. No se sorprendió mucho al encontrarla desierta. Entonces recorrió el resto de la pequeña nave, no encontrando a nadie. Rápidamente, regresó ante los mandos. Conocía a fondo la navegación estelar y podía comprender en cuestión de segundos, cualquier modelo de mandos. Empezó a mover conmutadores y suspiró, aliviada, al comprobar que las reservas de energía estaban a tope, así como los alimentos y dotación de oxígeno.

Tal como había temido, los tripulantes se habían marchado. Tal vez se precipitaron un poco al cumplir las órdenes que realmente tenían, o no sabían que ella podía saber si una nave estaba en condiciones de vuelo o no, y, sobre todo, ponerla en marcha. Terminó de hacer unas verificaciones, asegurándose de que la esclusa podía ser abierta desde el interior por control a distancia. Lo único que la intranquilizaba era pensar que Lan ignoraba aquella última trampa. ¿De Aljel? ¿O estaba el Príncipe también implicado? Pero debía tener confianza porque Lan, sin que Dorden le escuchase, le había susurrado al oído que confiase en él, que saldría con vida de todo aquello y que se reuniría con ella en el hangar.

Lorena regresó ante la puerta de entrada. La abrió y cerró varias veces con la palanca interior. La puerta actuaba velozmente, tal como esperaba. La dejó entreabierta. Luego se quedó frente a ella. Lo único que podía hacer era esperar.

* * *

Lan recordó los sueños que tuvo cuando partieron de Ergol y en

los cuales era presentado al Emperador. Entonces imaginó una sala enorme, sin límites en sus paredes y techo, repleta por miles de personas, y surcada en sus alturas por vientos huracanados. La realidad era bien distinta.

El salón del trono era amplio, pero no poseía las dimensiones soñadas. Aunque había unas doscientas personas, le parecieron pocas en realidad. Y el trono era de tamaño normal. En él estaba sentado el Emperador, viejo y decrépito, pero con una mirada todavía sagaz. A su lado, el Príncipe Dorden adoptaba una postura desinteresada por todo cuanto se desarrollaba a su alrededor.

La guardia escarlata se detuvo junto a los pocos soldados imperiales, mientras Ich tocó con el codo a Lan para indicarle que se pusiera a su lado y se quedase quieto.

—Tenemos que esperar el permiso del Emperador para ponernos ante él —le musitó Ich.

Lan sentía sobre él todas las miradas de los cortesanos. Pudo ver al fondo, cerca del trono, aunque a unos cinco metros de distancia del Emperador, al Conde Aljel, con rostro inescrutable.

—Cuando llegue el momento nos situaremos junto al borde de esa raya pintada de rojo que hay en el suelo. Unos centímetros más atrás se levanta un campo de fuerza que ni un rayo positrónico puede traspasar. Sólo el poder de tu mente podrá hacerlo.

—No me contaste nada de eso —dijo Lan, intentando hablar sin mover los labios.

—No era preciso. Yo puedo ver al Emperador cuando quiero, sin barrera alguna entre nosotros, pero entonces era imposible matarle porque nadie dudaría de mi culpabilidad. Éste es un lugar ideal para que tus facultades actúen. Tendremos cientos de testigos y todo el mundo sabe que ningún arma puede traspasar la barrera. Toda la Sede, interesada en este acto, nos estará observando por televisión. ¿Quién puede imaginar que yo seré el causante real del magnicidio? Todo está calculado, Lan.

—Ojalá sea así —repuso Lan. Calló porque el Emperador alzó su mano derecha, otorgando su licencia al Duque.

—Vamos —dijo Ich.

Lan avanzó junto al Duque. Anduvieron los treinta metros que les separaban hasta la línea roja. El joven sintió deseos de adelantar su gorro y asegurarse de que la barrera existía, ya que, a simple

vista, parecía no descubrir ningún obstáculo delante suyo.

De cerca, el Emperador no le pareció tan acabado como creyó. Tal vez los complicados ropajes que vestía le hacían más pequeño, allí sentado en el gran sillón.

Ich se arrodilló, e hizo las reverencias protocolarias, imitándole Lan en todo. Sonó la voz del Emperador, indudablemente amplificada por algún altavoz:

—Levantaos. Duque Denfol, estoy muy contento al ver que has recuperado a tu hijo tantos años perdido. Sé cuánto has sufrido por él todo este tiempo, pero tu dolor no te ha impedido ser mi más fiel servidor. Así, mi satisfacción hoy es enorme al veros reunidos, formando la familia que dejó de ser a causa del infortunio.

—Gracias, Alteza —respondió el Duque, alzándose del suelo. Lan aún tenía que permanecer arrodillado, hasta que Ich se lo indicase tocándole en el hombro.

Entonces también sería el momento en que él tenía que actuar. Matar, según quería Ich, al Emperador y a Dorden. Matar, según esperaba el Conde Aljel, al viejo jerarca. El joven Príncipe sonreía, confiado, seguro de que Lan sólo iba a provocar en su padre un débil desvanecimiento.

Todos esperaban algo de Lan, una actuación distinta. Y Lan únicamente ansiaba escapar de allí, verse lejos de la Sede Imperial. Pensó en Lorena. Ella tenía que estar esperándole ya a bordo de la prometida nave por Aljel y Dorden.

Disimuladamente, Lan se desprendió de la pulsera, guardándola en un bolsillo interno de su manga. Miró a Dorden de frente, y a Ich de soslayo. Ninguno de ellos parecía haberse dado cuenta. Detrás suyo, Aljel no podía haber visto nada.

—En nombre de mi querido hijo y el mío propio, Alteza, os ruego que ante lo mejor de esta Corte Imperial reconozcáis a Lan de Denfol como hijo mío, y heredero de mis títulos y bienes —dijo el Duque.

—Así me place hacerlo. Duque Denfol, mi buen amigo y colaborador —respondió el Emperador, alzando su diestra.

—Rinde pleitesía a tu Emperador, hijo mío —dijo Ich, posando su mano sobre el hombro de Lan.

Lan sabía que tenía que incorporarse y actuar. Tenía relativa conciencia de sus poderes mentales, sólo teorías y creencias que

éstos podían responderle adecuadamente a sus deseos. Por primera vez, estaba libre de la traba que le suponía la pulsera. Nada podía detenerle sino él mismo. Miró a su alrededor, y sintió que los colores, los contornos de las figuras tomaban incremento. Los sonidos podían separarlos a voluntad y elegir los que quisiera. Podía escuchar el palpitar acelerado del corazón de Ich, de Aljel, de Dorden y de cada uno de los presentes. También, por una fracción de segundo, percibió el estruendo de una nave patrullar por el exterior de la Sede. Sintió dolor, un extraño y nunca antes experimentado dolor. Intuyó que era la plena conciencia de saberse dotado con aquel poder tremendo y saberse capaz de hacer con él lo que desease.

Mientras, lentamente, se levantaba ante las miradas expectantes, quiso saber de Lorena. Nunca había intentado nada semejante. Lorena estaba a mucha distancia, pero en seguida la sintió dentro de su mente, llena de temores, y simultáneamente, de forma súbita, de temor. Lorena estaba en peligro y él, incapaz de acudir en su ayuda. ¿O sí podía?

Cerró los ojos y atacó.

* * *

El capitán Ekreh estaba al frente de la guardia escarlata, atento a cuanto ocurría delante suyo. Todos sus hombres estaban instruidos convenientemente. Cada uno sabía cómo tenía que actuar tan pronto viesen caer al suelo al Emperador y su hijo. Al mismo tiempo, las distintas unidades, distribuidas por la Sede, atacarían, apoderándose de los puntos clave. En el exterior, las Armadas, bajo el mando de los almirantes adictos, controlarían a los leales de cualquiera que no fuese Ich Denfol.

Junto a los hombres vestidos de rojo estaban los guardias del Emperador. Ekreh notaba, alarmado, como el número de éstos aumentaba lentamente. No se había dado cuenta hasta que estaban multiplicados por tres.

Y parecían nerviosos. Empezó a alarmarse y miró hacia la espalda de Lan, que en aquellos instantes empezaba a levantarse. Pronto iba a recibir la señal.

Entonces todo comenzó a acontecer de forma fulminante. Ningún superviviente podría después relatar minuciosamente lo que

sucedió. Todos vieron como el anciano Emperador resbalaba de su trono y caía al suelo. Nadie se fijó en el Príncipe, que sólo se movió un paso hacia la derecha, pero que no cayó ni pareció sentir los efectos del desconocido ataque que sufría su padre.

Ekreh desenfundó su arma, y disparó contra el más cercano grupo de soldados imperiales. Pero éstos también estaban disparando, y el salón privado del trono se convirtió en un infierno.

Mientras se maldecía y bramaba contra los que eran sus enemigos y también parecían estar esperando la señal, Ekreh se tiraba al suelo para eludir el huracán de fuego que pasaba por encima de él. Rodando aún, pudo observar que también el Duque Rojo caía al suelo, convertido en un muñeco de aire, pero al contrario que el Emperador, gritaba de dolor, y su cabeza se convertía en una antorcha humeante. Pálido, Ekreh pensó que su señor no podía haber sido alcanzado por ningún disparo. No eran aquéllos los efectos producidos por algún arma conocida. Antes de ser alcanzado por un dardo desintegrante, Ekreh, vagamente, comprendió que todo se había perdido cuando aún pudo distinguir a Lan cruzar la mortal barrera invisible, y situarse al lado de Dorden.

Luego, su cuerpo, como los de otros muchos cadáveres, fue pisoteado por la multitud aterrorizada, que intentaba ganar la salida.

* * *

Lan se enfrentó al asombrado Dorden, quien saliendo de su estupor, pudo articular:

—No es posible que hayas cruzado la barrera…

—Lo es. Te dejo un Imperio al que gobernar o tiranizar. Creo que eres el único, de un puñado de ambiciosos asesinos, que puede hacer algo medianamente decente. Pero al final, el poder te acabará corrompiendo. Me das tanto asco como todos. Me gustaría fulminarte.

El Príncipe retrocedió, aterrorizado, apoyándose sobre los brazos del trono.

—No te comprendo ahora.

—Yo no ataqué a tu padre, asesino. Has sido tú quien le disparaste con esa arma.

Y Lan, de un salto, le arrebató la minúscula pistola, que arrojó contra la barrera, en donde se desintegró al chocar contra ella.

—Mis poderes son inusitados. Puedo franquear la cortina, cosa que no ha podido hacer el metal, pero algo hay dentro de mi mente que me impide matar con ella a seres humanos. Hace unos segundos me di cuenta de que no podría hacer nada de lo que queríais de mí. Aljel y tú lo sabíais, y por eso disparaste contra el Emperador, pensando que yo creería haber sido el causante.

—Pero has matado a Ich.

—Tampoco fui yo. Mira.

Lan le cogió por el cuello y le hizo observar hacia el otro lado de la pantalla, en donde Aljel les miraba, sosteniendo entre sus manos un dispositivo de control remoto.

—Aljel tiene buenos servidores entre los criados del Duque. Uno de ellos colocó una carga alrededor del cuello de Ich, y él la hizo detonar. Aquí se acaba vuestro plan. La conspiración del Duque ha sido abortada, tú eres Emperador y el Imperio debería conocer que yo, el hijo del Duque Rojo, fui quien mató al Emperador, por medio de mis poderes. Si no matar, sí puedo percibir vuestras criminales emanaciones mentales.

En el salón, los guardias escarlatas estaban siendo exterminados. Algunos cortesanos habían caído también en la confusión.

—Señor, levanta la barrera para que pueda pasar —gritó Aljel—. No olvidéis que Lan no puede matar. Yo viví en Khrisdal y lo sé.

Dorden comenzó a sonreír, al tiempo que se apartaba del sillón, yendo hacia un conmutador situado tras unas cortinas.

—Es cierto. Me asusté y lo olvidé. Estás perdido, Lan. Todo el Imperio estará satisfecho de ver la ejecución del asesino del Emperador
Dioroto XX
.

Lan observó a Aljel, que estaba siendo rodeado de docenas de soldados imperiales, ansiosos todos por poner sus manos sobre el joven, a quien ya acusaban de magnicidio.

—Olvidas muchas cosas, en medio de tu terror, Dorden. —Lan hablaba firmemente, dejando al Príncipe tocar el conmutador—. Es cierto que no puedo matar, pero sí castigarte, en cierta forma, por tus horrorosos crímenes. ¿Quién quiere un Emperador idiota?

Y sonrió tristemente. Añadió:

—Tampoco un Primer Consejero en iguales condiciones.

Dorden aulló, y su grito se confundió con otro parecido emitido por Aljel. Ambos se desplomaron y los guardias imperiales retrocedieron, llenos de pavor, contemplando la escena con ojos muy abiertos.

Lan había desaparecido después de los aullidos. Ahora veían al Príncipe rodar por el suelo, babeante, y con los ojos vidriosos. En igual estado estaba el Conde Aljel. Los dos parecían haber perdido la razón.

* * *

Lorena escuchó los pasos. A continuación, la compuerta terminó de abrirse, apareciendo en ella Volkar.

—Hola, preciosa. —Volkar sostenía un arma, con la que apuntó displicentemente a la muchacha—. Sabía que iba a encontrarte aquí, esperando a tu amado Lan.

—¿Cómo pudo averiguarlo? Pensé que sólo los adictos de Aljel conocían este hangar secreto.

—Y así es. Pero cuando Aljel se incorporó al salón privado del trono, yo ordené seguir su rastro. Luego vimos salir furtivamente a la tripulación, siguiendo las órdenes del Conde. Al parecer, éste no tenía la menor intención de dejarte escapar, ni a Lan, por supuesto. Como el Conde no podrá hacer nada para impedirlo y Lan puede escapar y llegar hasta aquí, es lógico que yo tome el lugar de Aljel para impediros huir. Lo siento, pero mi primo no puede consentir que huyáis.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Lorena.

Volkar se apoyó en su pierna derecha, colocada sobre el marco de la compuerta. Sonrió, divertido.

—Si todo sale como estaba previsto, en estos instantes, Lan debe estar eliminando al Emperador y su hijo. No creo que sea tan tonto como para negarse a hacerlo, creyendo que tú estás aún en nuestro poder.

—Él sabe que estoy a salvo.

La sonrisa se esfumó del rostro de Volkar.

—No es posible. Nadie ha podido decirle que te liberaron los hombres de Aljel.

—El mismo Dorden me llevó hasta las habitaciones de Lan. Y él sabe que le espero en esta nave.

Volkar torció el gesto, Súbitamente, empezó a sentirse intranquilo.

—Esto cambia las cosas —musitó—. Supuse que te liberaron y estaban esperando el momento para usarte ante Lan para ponerlo de su parte. Aljel quiso hacerlo en varias ocasiones. Creí que Aljel intentaría decírselo antes de la presentación. Por eso ordené a mis hombres que se lo impidiesen. Debo volver en seguida, y advertir a Ich. Aún estamos a tiempo de evitar un desastre. Lo siento, preciosa. Voy a tener que matarte antes de tiempo, pero no tengo más remedio. Me hubiera gustado esperar a mis hombres, y que ellos se hubieran encargado de ti y de…

Lorena cerró los ojos y apretó con todas sus fuerzas el cierre de la compuerta. Lo tenía graduado para que ésta se detuviese a unos veinte centímetros del tope, lo que no mataría a Volkar y sí lo golpearía lo suficiente para dejarlo fuera de combate. Pero Volkar estaba demasiado agachado, y al sentir que la compuerta empezaba a deslizarse, intentó volverse para salir de la trampa. La pesada mole de acero lo tomó por la espalda y empujó el tronco hacia el hueco donde tenía que alojarse.

La muchacha había abierto los ojos un instante, y los ocultó al ver que el espacio calculado para que la compuerta se detuviese era insuficiente para evitar la muerte de Volkar, al variar éste de postura.

En aquella posición, encogida sobre el suelo, la encontró Lan cuando se materializó en el exterior de la nave. Desde allí, accionó el dispositivo de abertura, pasó sobre el ensangrentado cadáver de Volkar y abrazó a Lorena.

—Presentí que estabas en peligro, veía lo que pasaba y sentí morir, amiga mía. Luego, cuando supe que estabas a salvo, tuve que terminar unas cosas. Lo siento.

—Has tardado, Lan. Tuve que hacerlo, tuve que hacerlo…

—Lo sé. Pero tenía que disponerlo todo para que nos dejaran el camino libre para escapar de este maldito planeta de acero. Ahora estarán demasiado entretenidos, mirando a dos retrasados mentales.

Arrojó el cuerpo de Volkar fuera y cerró la compuerta. Luego condujo a Lorena ante el puente de mandos. Esperó que la

muchacha terminase de calmarse, y le dijo:

—Ahora tengo que confiar en ti —intentó una sonrisa que le salió fallida, a causa del cansancio y las emociones—. Tú eres quien debes sacarnos y conducirnos a la libertad. ¿Podrás hacerlo?

Sorbiendo unas lágrimas, ella asintió, y con seguridad, empezó a mover los mandos. La pantalla se iluminó y delante de ellos apareció el negro espacio.

—Vía libre —dijo Lorena—. Apenas nos alejemos unos kilómetros, viajaremos por el hiperespacio. Nadie podrá alcanzarnos.

—¿Conoces el planeta a donde piensa ir tu padre?

Lorena asintió.

—Pues vamos allí.

—Nos perseguirán pronto en cualquier sitio donde estemos.

—No lo creas. Quienes pueden hacerlo están muertos o incapaces de pensar. Y en esta Sede estarán muy ocupados durante varios años entronizando emperadores y derribándolos.

Lan tomó el asiento junto a Lorena, y antes de sujetarse a él, la besó.

—Adelante.

La palabra de Lorena se mezcló con el rugir de los motores, con el deslizar del navío por el hangar hacia el espacio libre.

Muy lejos de ellos se libraba una batalla espacial por el poder. Pero no tenían que temerla porque mucho antes de llegar allí, viajarían por el invisible hiperespacio.

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (
G. H. White
). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).